

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

VESTIDA
PARA MORIR

*Clark
Carrados*





**SERVICIO
SECRETO**



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.825 — La muerte es el «sheriff»

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.686 — El asesino recibe a las ocho.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.073 — Traficante de vidas.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

CLARK CARRADOS

VESTIDA PARA MORIR

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.689
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 33.325-1982

Impreso en España · Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1982

2.ª edición en América: junio, 1983

© Clark Carrados - 1982

texto

© García - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650; Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Parecía un ángel y se había vestido como se visten todas las novias el día de su boda. Era rubia, de figura delicada y rostro incomparablemente bello. Quienes aguardaban la ceremonia comprendían perfectamente que Robín Gentle se hubiera enamorado locamente de Hilda Evans.

El vestido de la novia era blanco, muy sencillo, sin adornos recargados que habrían destruido la armonía del conjunto. Quizá por ello resultaba aún más atractiva.

La novia descendió del coche, acompañada del padrino. Con gesto gracioso, se recogió la cola del traje, que no era muy larga, ciertamente. Pese a todo, la boda iba a celebrarse con relativa sencillez, en una modesta iglesia de las afueras de la ciudad.

Los invitados la vieron llegar y entraron en la iglesia, mientras ella avanzaba primero a lo largo de la acera y luego ascendía la media docena de peldaños que conducían al atrio. Cuando ponía el pie en el último escalón, un hombre salió corriendo del interior, disparó dos veces contra Hilda y escapó antes de que nadie pudiera detenerle.

Hilda no gritó siquiera. Paralizado por el asombro, más que por el terror, el padrino no pudo evitar aquel salvaje ataque, cuyos motivos no alcanzaba a comprender. Hilda emitió un débil quejido, soltó el ramo de flores y se llevó una mano al pecho, en donde, sobre el blanco del traje de novia, empezaban ya a verse unas siniestras manchas de color escarlata.

Algunas personas que se encontraban en el exterior lanzaron gritos de espanto al contemplar la escena. El padrino, aturdido, apenas si pudo hacer otra cosa que intentar sostener a la joven, que ya se tambaleaba. Pero el cuerpo de Hilda se le escapó de los brazos

y ella rodó por los escalones, hasta quedar tendida al pie, con los brazos extendidos y la cabeza doblada a un lado, mientras la sangre se extendía profusamente sobre la blancura del traje de novia.

Mientras, el asesino había conseguido escapar en un coche que aguardaba en las inmediaciones y que desapareció de la escena en contados segundos, antes de que los aterrorizados testigos pudieran fijarse en el menor detalle. Los gritos que se lanzaban en la calle llegaron al interior, Gentle los oyó y corrió hacia la salida, para ver qué sucedía, porque ya le habían avisado de la llegada de la novia.

Al llegar a la puerta, la vio tendida en el suelo, con el pecho lleno de sangre. Un alarido de furia indescriptible se escapó de su pecho:

—¡Hilda!

En dos saltos llegó junto a la novia y se arrodilló a su lado, levantando un poco la cabeza, como si quisiera ayudarla a superar aquel horrible trance.

—¡Hilda! ¡Contéstame! ¿Quién te ha herido?

El padrino, todavía aturdido, no acertaba a reaccionar.

—Un hombre... salió del interior... Disparó contra Hilda sin que nadie pudiera hacer nada...

—¡Busque un médico, una ambulancia...! —gritó Gentle exasperado—. ¡Vamos, hombre, muévase! ¡Haga algo, por el amor de Dios!

Hilda abrió los ojos en aquel momento. Un débil quejido se escapó de sus labios.

—Rob...

Gentle la atrajo hacia su pecho.

—Hilda, te salvarás... No te preocupes, amor mío, buscaré los mejores médicos...

—No... —dijo ella con voz que era apenas un soplo—. No... vivi... ré... —Su cuerpo se contorsionó violentamente a impulsos de un brusco ramalazo de dolor—: ¡Rob, no veo! —gritó.

—Ten un poco de paciencia, cariño... Pronto vendrá una ambulancia y te llevaremos a un hospital...

La mano izquierda de Hilda se levantó y trató de tocar el rostro de Gentle.

—Rob... High... Edén... —dijo con voz apenas audible.

Y casi en el mismo instante, la cabeza de Hilda se dobló a un

lado y su hermoso rostro quedó oculto en el pecho de su prometido. Gentle comprendió en aquel instante que la mujer que iba a ser su esposa había muerto.

Haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse en pie, con el cuerpo de Hilda en sus brazos. Todos los espectadores le contemplaban silenciosamente, sin atreverse a pronunciar una sola palabra.

—No sé por qué ha muerto Hilda..., pero juro que la vengaré, cueste lo que cueste, Su asesino pagará este crimen y yo me encargaré de que no vuelva a dormir tranquilo el resto de sus días —dijo ceñudamente.

Un coche de la policía llegó en aquel momento, con gran estridor de sirenas y sus ocupantes se apearon y corrieron hacia Gentle.

—¿Está muerta, señor? —preguntó uno de los agentes.

—Déjela donde estaba —ordenó el otro—. No puede llevársela...

—Váyase al infierno —contestó Gentle abruptamente, mientras avanzaba hacia el coche que había acercado uno de sus amigos, invitado a la boda—. Yo mismo la llevaré...

No terminó la frase. ¿Adónde podía llevarla, si ya había muerto?

Sólo había un lugar al cual transportar el cuerpo de una hermosa mujer, que había creído vestirse aquella mañana para su boda y se había vestido para morir.

Bastante más nervioso de lo que daba a entender, Jock Dully caminaba presurosamente por las zonas más oscuras del barrio. Cada vez que veía un coche de policía o algún agente haciendo su ronda, procuraba esconderse, a fin de no ser visto.

Había ejecutado la tarea según le hablan encomendado y, en cierto modo, se sentía satisfecho de su trabajo. No le gustaba pensar demasiado en que había asesinado a una mujer joven y hermosa, en el día más señalado de su vida, pero tampoco había tenido otra solución. A fin de cuentas, se trataba de la vida de Hilda Evans contra una condena de cadena perpetua. Y a Dully no le hacía ninguna gracia la idea de pasarse el resto de su existencia entre rejas.

Ahora iba a recibir la recompensa por su crimen. Había percibido mil dólares como adelanto. Le darían otros mil y las pruebas que podían condenarle. Con ello tenía más que suficiente para abandonar la ciudad, cambiar de identidad e iniciar una nueva

existencia en un lugar donde no fuese conocido.

Poco después, llegó a una casa aislada y tocó en la puerta con los nudillos. Alguien, al otro lado, dijo:

—¿Quién es?

—Yo, Jock Dully.

La puerta se abrió. Dully franqueó el umbral.

La habitación estaba a oscuras, solamente iluminada por la luz que llegaba de un cuarto situado al fondo y que originaba una débil penumbra que no permitía captar demasiados detalles. Un hombre alto y fornido aguardaba en el interior de la casa.

—Hola, Jock —dijo el sujeto—. Lo has hecho muy bien.

—No resultó agradable —contestó Dully, torciendo el gesto.

—Ya me lo imagino, pero no había otro remedio que hacerlo.

—Los periódicos han armado mucho ruido. El novio es bastante conocido en la población.

—Sí, lo sé. Ya me imaginaba algo por el estilo. Bueno, Jock, tengo otro trabajito para ti...

Dully se puso rígido.

—Quedamos de acuerdo en que sólo haría este asunto —alegó.

—Sí, lo sé —respondió el otro—. Pero hay imponderables...

—¡Ni imponderables ni narices! —dijo Dully abruptamente—. Hicimos un acuerdo y pactamos unas condiciones. Yo ya he cumplido mi parte, así que ahora usted debe cumplir la suya. Deme las pruebas y los mil dólares y si tiene algún otro asunto pendiente entre manos, búsquese a alguien que le saque las castañas del fuego, pero no cuente más con el hijo de mi madre. ¿O es que piensa que fue para mí un plato de gusto disparar contra aquella pobre chica?

—Jock, no sé cómo te sentías en aquel momento, ni me importa, pero necesito que me hagas otro trabajo.

—¡Váyase al infierno! Debí haber sospechado que usted me engañaría —dijo Dully con amargura en la voz—. Pero no me engañará por segunda vez. Está bien, me quedare sin los mil dólares y las pruebas y me encerrarán en la cárcel para el resto de mis días, pero «cantaré» y usted me hará compañía...

Dully dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Ahora más que nunca lamentaba haber tirado el revólver a una alcantarilla, para deshacerse de una prueba gravemente comprometedora. De haberlo tenido en las manos, le habría pegado

cuatro tiros a aquel canalla, se dijo.

—Lo siento, Jock —dijo el otro suavemente—, pero no voy a permitir que divulgues mi identidad.

Dully sintió en el acto una especie de alarma en su cerebro. Empezó a volverse, pero la primera bala le alcanzó en el hombro izquierdo y lo lanzó contra la puerta.

Sus uñas rascaron crispadamente la madera. El segundo proyectil atravesó su cráneo y cayó al suelo, hecho una pelota.

El asesino guardó su pistola.

—Era inevitable —suspiró.

Delante de Robín Gentle, el teniente Blakeney se sentía muy incómodo. En silencio, Gentle preparó dos bebidas y entregó una a su visitante.

Blakeney contempló furtivamente al hombre joven y alto que tenía frente a sí. Gentle era robusto y musculoso, pero no daba la sensación de torpe y pesado que parecía propia de un hombre de su apariencia. Los ojos negros del joven parecían despedir chispas de fuego cuando le miraban.

—Ha venido a darme noticias del caso, supongo —dijo Gentle, rompiendo al fin el tenso silencio que se había producido tras la llegada del policía.

—Sí, señor —contestó Blakeney—. Lamento tener que decirle que no son buenas noticias...

—Deje que sea yo quien juzgue, teniente —pidió Gentle con sequedad—. Después de lo que pasó hace varios días ya no puede haber noticias peores para mí.

—Comprendo, señor..., pero es el caso que...

Gentle alzó las cejas.

—Parece como si no se atreviese a hablar —observó—. Vamos, teniente, usted es un hombre avezado. Ha visto muchas cosas y conoce la maldad humana mucho mejor que la mayoría de las personas. ¿Por qué no lo suelta de una vez?

—Está bien. Señor Gentle, quiero decirle que hemos encontrado el cadáver del hombre que asesinó a su prometida.

—Ah, una noticia interesante... ¿Ha dicho cadáver?

—Sí, señor. Le habían pegado dos tiros, uno en el hombro y otro en el cráneo. Suponemos, dada la posición de los impactos, que primero fue herido y después rematado.

—Siga, se lo ruego.

—El cadáver ha sido identificado por algunos de los testigos que le vieron cometer su crimen. Teníamos sospechas de él, en base a las declaraciones de esos testigos y las descripciones que hicieron de su aspecto, pero hemos podido confirmar esas sospechas al hallar su cadáver en una casa abandonada en las afueras de la ciudad. Suponemos que fue allí a recibir su recompensa, pero le pagaron con dos balazos.

—Entonces, debo suponer que ese hombre fue contratado para matar a mi prometida.

—Yo diría que fue así, porque el asesino no había tenido jamás la menor relación con su prometida...

—La señorita Evans no tenía por norma relacionarse con matones y asesinos —dijo Gentle con sarcasmo—. Dejando de lado sus cualidades físicas, era una mujer decente.

Blakeney bajó la vista al suelo y se sintió aún más incómodo que al principio.

—Señor Gentle...

El joven empezó a perder la paciencia.

—¡Por el amor de Dios, teniente! —clamó—. Hable de una vez, no se ande con rodeos. Hilda murió y ya no puede haber una noticia peor. ¿Por qué no lo suelta de una vez?

Blakeney alzó la cabeza.

—Está bien —respondió—. Creo que debe saberlo, señor. Lamento tener que decírselo, siento muchísimo destruir la imagen que usted se había formado de su prometida..., pero debo contradecirle rotundamente. Para hablar claro, la señorita Evans no era una mujer decente.

CAPÍTULO II

Durante unos segundos, sólo hubo silencio en la estancia. Gentle contemplaba al policía con los ojos abiertos. Aún tenía la copa mediada en la mano y fue a tomar un trago, pero se lo pensó mejor y la dejó a un lado.

—Teniente —dijo al fin, procurando dar a su voz un tono absolutamente normal—, usted puede tener esa opción de mi difunta prometida, pero yo pienso todo lo contrario. Y si usted asegura que era... una perdida, tendrá que probarlo de una forma absolutamente irrefutable.

—Repito que lo siento, señor —repuso Blakeney—. Como es lógico en un caso de asesinato, investigamos cuidadosamente a la víctima. Las pesquisas nos demostraron que la señorita Evans había pertenecido a una red de prostitución de altos vuelos, muy bien organizada y terriblemente protegida contra posibles intromisiones.

—¿Protegida? ¿Por quién? —se asombró el joven.

—No lo sabemos —confesó el policía—. Hace ya tiempo que andamos detrás de esa organización, pero nunca hemos podido dar con su jefe. O sus jefes, puesto que ignoramos si se trata de uno solo o de varios. Pero las investigaciones, repito, han dado per resultado...

Gentle procuró dominar la cólera que hervía en el interior de su pecho.

—Vamos a ver si nos aclaramos, teniente. Usted está dando a entender, o, mejor dicho, afirma que mi prometida era una prostituta profesional.

—Bueno, profesional...

—¿Cobraba o no por sus favores amorosos?

—Pues sí, claro..., pero no callejeaba...

—Hay hombres ricos y hombres pobres y, supongo, debe de haber también putas caras y putas baratas —dijo el joven crudamente—. Hilda no callejeaba, pero se acostaba con los hombres por dinero.

—Sí, señor, eso está rigurosamente comprobado.

—Conocerán los nombres de algunos de los «clientes» de Hilda —dijo Gentle sarcásticamente.

—Pues... no, porque estas cosas se llevan con mucho misterio, como puede comprender... y si conociéramos a alguno de esos individuos y le interrogásemos, lo negaría rotundamente y no podríamos contradecirle con pruebas. Pero es absolutamente seguro que la señorita Evans pertenecía a esa organización.

—Si fue como dice, la asesinaron para que no hablase.

—Es posible, aunque yo me inclino más por otra hipótesis, señor Gentle. Pienso que ella, al comprometerse con usted, quiso abandonar la organización. Esto, imagino, no le gustó a alguien, porque sin duda temía que otras chicas imitasen a la señorita Evans y ordenó asesinarla, para ejemplo y escarmiento. Desearía que me comprendiese...

Gentle alzó una mano.

—Le comprendo perfectamente, aunque no comparta sus puntos de vista. Sin embargo, sigo sosteniendo la teoría de que mi prometida era de una honestidad a toda prueba. Alguien le engañó a usted, teniente.

—Entonces, ¿por qué diablos tuvieron que matarla? —contestó Blakeney, malhumorado porque hubiese en el mundo alguien con semejante ingenuidad—. Usted no conocía a la señorita Evans, afirma que era una muchacha absolutamente decente... ¿Acaso había tenido algún novio antes, sin necesidad de prostituirse? Ese supuesto novio, ¿era celoso?

—Pues no, que yo sepa —respondió Gentle, desconcertado—. Ella nunca me habló de otros compromisos anteriores...

—Jock Dully fue asesinado para que guardase silencio. Está probado que fue el asesino de la señorita Evans —insistió el policía—. Y estas cosas sólo suceden cuando una mujer joven y bonita se introduce, voluntariamente o no, en determinados ambientes. Lo siento, señor, pero es así y nada podrá ya variar lo sucedido. Nosotros seguiremos investigando, es todo cuanto puedo decirle.

Blakeney estaba ya un poco harto y se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, sin embargo, se volvió hacia Gentle.

Sintió compasión por aquel joven, tan apuesto. Las ilusiones de Gentle se habían visto disipadas súbitamente entre el humo y el estruendo de dos disparos.

—Señor Gentle...

El joven alzó la cabeza.

—¿Teniente?

—Discúlpeme si me he mostrado un tanto brusco. Es el oficio, a veces no puedo remediarlo.

—No se preocupe —sonrió Gentle—. Usted ha cumplido con su deber.

—Lamento... haber tenido que darle tan malas noticias. Comprendo que a un hombre enamorado no le guste oír cosas desagradables de su novia...

—Le entiendo perfectamente. Gracias por todo, teniente.

Blakeney salió sin añadir una sola palabra más. Gentle se quedó solo.

Estuvo en pie unos instantes. Luego se sentó en un diván y ocultó el rostro entre sus manos.

Le parecía imposible que... ¿Hilda, una ramera?

Trató de imaginarse a aquella hermosa joven, de apariencia angelical, desnuda, sonriendo impudicamente, agitándose voluptuosamente en brazos de otro hombre, murmurando fingidas palabras de aliento y lanzando simuladas exclamaciones de placer...

—¡No, no es posible! —rugió—. Alguien está equivocado...

Pero la policía, pensó, se equivocaba en contadas ocasiones y menos en un caso tan estruendoso. El asesinato de Hilda, minutos antes de su boda, había causado gran sensación. Por ello, seguramente, la policía había actuado con más interés que en otras ocasiones.

Y si era así, ¿por qué Hilda le había engañado? ¿Tal vez temía la ruptura del compromiso si le hablaba francamente antes de la boda?

El asesino había muerto, asesinado a su vez, para que no hablase. Ello parecía dar consistencia a las teorías de Blakeney. Hilda había pertenecido a una organización, de la cual no se podía salir una persona si no era por medio de la muerte.

¿Quién dirigía aquella organización? ¿Cómo se llamaba su jefe? ¿Dónde se escondía?

De repente, se acordó de las últimas palabras que Hilda había pronunciado segundos antes de morir. High Edén.

¿Qué significado tenía aquel nombre?

Separó las manos del rostro y vio que las tenía húmedas. Un tanto avergonzado, se dio cuenta de que había estado llorando.

Bruscamente, se puso en pie y fue al baño. Se lavó la cara y luego se enjugó con una toalla. De pronto, había tomado una determinación.

Aunque Hilda hubiera sido una perdida, él vengaría su muerte. Había llegado a amarla como a ninguna otra mujer en sus treinta años de existencia y no perdonaría la brutal destrucción de sus sueños. No, no podía perdonar al hombre que había ordenado fríamente la muerte de su prometida.

—Se vistió para su boda, pero, en realidad, fue para morir...

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Gentle alzó la cabeza vivamente. Tras unos segundos de reflexión, cruzó la sala y abrió la puerta.

—No recibo a periodistas ni quiero hacer declaraciones de ningún género, así que ya puede largarse con viento fresco —dijo a la persona que se encontraba ante el umbral. Y cerró de un tremendo portazo que hizo retemblar las paredes.

La llamada se repitió.

Gentle apretó los puños. Le iba a dar una buena lección a la inoportuna que pretendía molestarle, en unos momentos en que no sentía el menor interés por comunicarse con nadie.

Volvió a abrir.

—Le he dicho...

—No soy periodista —declaró ella, todavía apoyada con cierto aire negligente en la jamba de la puerta—. Me llamo Verna Simms y no tengo el menor interés en divulgar nada de lo que usted pueda contarme. Sólo quiero hablar acerca de la muerte de su prometida, Hilda Evans.

—¿La conoció usted? —preguntó Gentle.

—No. Jamás la vi ni hablé con ella. Pero conozco el caso un poco mejor de lo que usted se piensa. Bien, ¿me permite pasar?

El joven dudó todavía unos instantes. Al fin, se echó a un lado.

—Conforme —accedió—. Pero si me doy cuenta de que sólo trata sonsacarme para alguna ínfima revista de chismorreos o un periodicucho de tres al cuarto, la trataré como trataría a un hombre en semejantes circunstancias. ¿O no es usted partidaria de la igualdad de sexos?

—Depende —respondió Verna con graciosa sonrisa—. Hay momentos en que sí conviene esa igualdad... En otras ocasiones, la diferencia es muy importante y no conviene borrarla en absoluto.

Verna vestía con cierta desenvoltura, blusa corta, pantalón «bermudas» y sandalias de medio tacón. Tenía el pelo castaño, no muy largo y lo llevaba completamente suelto. Pendiente del hombro, portaba un bolso de estridente color rojo.

—¿Qué quiere beber? —consultó Gentle, mientras se acercaba a la barra.

—Agua fresca, simplemente.

El joven pareció sorprenderse.

—¿Abstemia?

—Algunos toman como un rito invitar a un trago al visitante, a cualquier hora —declaró Verna tranquilamente—. No detesto el alcohol, pero tampoco enloquezco por una coca en todo momento. Cada cosa a su hora, señor Gentle. Pero si usted tiene ganas de beber, si siente la necesidad de confortarse con un trago, hágalo sin cumplidos. Está usted en su casa, naturalmente.

—Gracias, pero tampoco me apetece beber. Disculpe un momento, voy a traerle el agua.

Gentle fue a la cocina, llenó una jarra, añadió algunos cubitos de hielo y puso dos vasos en una bandeja. Luego regresó a la sala.

Verna se había sentado en el diván y tenía las piernas cruzadas. Gentle le puso un vaso lleno en la mano.

—¿Y bien, señorita Simms?

Antes de hablar, la joven tomó un moderado sorbo de agua. Luego fijó sus grandes ojos grises en el rostro del dueño de la casa.

—Señor Gentle, quiero que sepa en primer lugar cuánto lamento lo que le sucedió a su prometida —dijo—. Sin duda no se explica usted cómo pudo ocurrir tal cosa.

—Un oficial de policía ha estado a verme. Tengo algunos datos al respecto —contestó él.

—Ah, le ha visto un policía... ¿Le ha dicho algo sobre cierta

organización que no tiene buena fama precisamente?

—¿Qué sabe usted sobre ese tema? —preguntó Gentle con viveza.

—Algunas cosas, no demasiadas. Pero estoy segura de que ese policía no le ha engañado ni ha exagerado en lo más mínimo.

El semblante del joven se demudó.

—Dijo que mi prometida había pertenecido a esa organización y que la habían asesinado por no querer continuar en ella —manifestó.

—Sí, pudiera haber pasado como dice —murmuró Verna pensativamente—. Sin embargo, opino que se trata de un error.

Gentle respingó.

—¿Cómo dice? —exclamó.

—Un error —insistió ella.

—¿Trata de afirmar que el teniente Blakeney se equivocó?

—No, no es eso. Estoy segura de que creía firmemente lo que le dijo.

—Eso significa creencia en un error, según usted.

Verna se removió, incómoda, en su asiento.

—Bueno, tal vez no he sabido explicarme bien...

Gentle frunció el ceño, impaciente.

—¿Por qué no se aclara de una vez, señorita Simms? —solicitó perentoriamente—. Está diciendo una serie de tonterías, una retahíla de incongruencias que no tienen sentido y eso puede acabar con mi paciencia. He accedido a recibirla a usted, pero empiezo a pensar que ha sido una enorme equivocación. ¿Acaso piensa que voy a asustarme de lo que me diga, después de lo que pasé?

—No, pero...

—En resumidas cuentas, ¿cuál es su interés en el caso?

Verna guardó silencio un momento, mientras le miraba fijamente. Al fin, respondió:

—Mi hermana también perteneció a esa misma organización. Nunca me dijo nada, hasta que un día me avisaron de que estaba en el hospital, a punto de morir. Fui a verla y ella me habló algo sobre el asunto, muy poco. Me mareé horriblemente al verla en aquel estado y una enfermera tuvo que atenderme. Cuando regresé a la habitación, ella había ya muerto... pero aún podía haber hablado mucho más.

—Debo deducir que alguien precipitó su muerte —dijo Gentle.

—Sí —admitió la muchacha—. Un tipo, que sin duda pertenecía a la organización, se hizo pasar por médico, buscó la ocasión propicia, entró en la habitación y le clavó una aguja en el corazón. Se supo después de que le hubieron practicado la autopsia.

—Sí, pero ¿cómo llegaron a saber que había sido un hombre de la organización?

—Yo le vi salir de la habitación —respondió Verna.

—Eso puede resultar interesante —dijo Gentle—. Pero ¿qué le hicieron a su hermana antes de matarla?

—La apalearon horriblemente y le rompieron un montón de huesos. Fue una horrible tortura —contestó ella, enormemente alterada—. La abandonaron, creyéndola por muerta, pero logró sobrevivir... Sólo unas pocas horas.

—Entonces, usted quiere encontrar a los asesinos.

—¿No es eso lo que usted desea también?

Gentle meditó unos segundos. Luego dijo:

—Empiezo a pensar que trata de proponerme que unamos nuestros esfuerzos para encontrar a esos desalmados.

—Exactamente —respondió Verna sin pestañear—. ¿No le parece bien, señor Gentle?

—Antes de darle una respuesta definitiva, quiero imponerle dos condiciones —dijo él—. La primera es que debe darme veinticuatro horas para reflexionar sobre sus propósitos.

—Aceptada. ¿Cuál es la segunda condición?

—¿A qué error se refería al principio de nuestra conversación?

—Simplemente. Hilda fue asesinada por error, aunque sea repetir la misma palabra.

Gentle levantó las cejas.

—¿Quiere eso decir que iban a matar a otra joven y que mi prometida murió en su lugar?

—Sí, exactamente eso. Su prometida jamás tuvo nada que ver con la organización. Pero el asesino se confundió...

Hubo una corta pausa de silencio.

—¿Podría usted demostrarme sus argumentos, señorita Simms? —preguntó Gentle al cabo.

—Por supuesto —contestó Verna sin vacilar.

—A ver, dígame cómo...

—Necesitaría que usted me acompañase a cierto lugar, mañana, a partir de las once de la mañana. Si lo desea yo vendré a buscarle con mi coche.

—No. Iremos en el mío. ¿Dónde está...?

Verna se puso en pie.

—Permítame que me lo reserve. Vendré a buscarle mañana a las once en punto —se despidió.

Gentle volvió a quedarse solo nuevamente. El resto del día y la noche se los pasó pensando si había sido objeto de una broma o era Verna Simms una mujer que realmente tenía tantos motivos como él para desenmascarar a los asesinos.

CAPÍTULO III

El coche se detuvo cerca del mediodía en un barrio situado en los suburbios de la ciudad, a casi treinta kilómetros, en una zona donde las casas estaban bastante separadas unas de otras. Abundaban los árboles de todas clases y no lejos de la carretera se veía la cinta de plata de un riachuelo que corría entre chopos y álamos.

Verna hizo que el joven detuviera su coche en un lugar poco menos que invisible desde el camino. Abundaba el césped por todas partes y, a lo lejos, se divisaba una hilera de cumbres en las que aún se veían algunas manchas blancas.

—Un lugar encantador —elogió Gentle, después de apearse—. Nunca había estado aquí antes de ahora, lo confieso.

—Claro, se pasa la vida con las narices metidas en sus libros de cuentas, comprando y vendiendo acciones de Bolsa, viendo los pozos de petróleo, explorando los astilleros, las factorías... En fin, el maldito negocio, que lo tiene a usted tan atado como un prisionero de los sioux al poste de tortura.

—Ah, encuentra mal que yo me dedique a los negocios —dijo él, un tanto picado.

—Funesto. Pero, claro, cada uno es como es y vive como quiere...

—Y usted, señora filósofa, ¿de qué vive, si se puede saber?

—Trabajo, pero no me mato. Cuando me canso, lo dejo y me dedico a otras cosas. Nunca permito que el trabajo me ahogue.

—Debe de ser un empleo muy interesante, supongo.

—Para mí, lo es, porque, además, me permite haraganear un mes seguido, si me apetece. Claro que nunca estoy tanto tiempo parada... Ah ya hemos llegado —exclamó Verna de pronto.

Mientras hablaban, caminaban a lo largo de una suave

pendiente herbosa, que terminaba en la cima de una pequeña colina, desde la que se dominaba un extenso panorama. Verna se situó al pie de un grueso olmo y se sentó en el suelo.

—Agáchese, procure que no le vean —dijo.

Al mismo tiempo, abrió su bolso, del que extrajo un par de prismáticos, con los que examinó una casa situada a unos setecientos metros de distancia. Gentle, intrigado, la dejó hacer durante unos momentos, hasta que ella bajó las manos.

—Es preciso esperar —murmuró la joven.

—¿Cuánto?

—Oh, no puedo predecirlo... Lo mismo puede ser media hora, que cinco minutos o cinco horas... No tiene nada que hacer, ¿verdad?

—Se equivoca. Tengo mucho trabajo...

—Vamos, no sea mártir del símbolo «\$». Usted dispone de directores, gerentes, abogados... Deje que se ocupen ellos del trabajo, al menos durante algunos días. Así podrá desenmascarar a esos forajidos..., si es que de veras le interesa vengar la muerte de su prometida.

—Lo mismo que a usted la de su hermana, Verna.

—Sí, es cierto —admitió ella—. Los dos buscamos venganza... legal.

—No pienso ir por ahí como los pistoleros del Oeste. Éstos son otros tiempos, pero si fuese necesario disparar...

—¿Lo haría?

—Si hubiese visto al asesino a tiempo y en aquellos momentos hubiera dispuesto de un arma, sí, sin vacilar. Pero es inútil hablar de cosas que ya han pasado y no pueden suceder de otro modo. Ahora, ¿puede decirme una cosa?

—¿De qué se trata?

—Usted manifestó haber visto al hombre que, presumiblemente, remató a su hermana.

—Es cierto —admitió Verna.

—¿Recuerda su aspecto?

—La bata de médico le cambiaba bastante y no pude ver sus ropajes, pero me pareció corpulento. Yo diría que medía un metro y setenta y cinco y, como digo, era bastante robusto, lo que me dice debía de pesar alrededor de ochenta kilos. Tenía el pelo negro, muy

abundante, aunque no rizado y... Ah, sí, unas cejas muy espesas, casi parecían un trazo sobre su frente, no demasiado ancha, es verdad.

—Oiga, para estar afectada por lo que le pasó a su hermana, se fijó en muchos detalles —comentó él, asombrado.

—Bueno, verá... Ese falso médico salía cuando la enfermera y yo volvíamos a la habitación de mi hermana. Me vio tan turbada y me consoló muy afectuosamente... Incluso tuvo el cinismo de recomendar a la enfermera que me diera un sedante...

—Sí, desde luego, era un hombre de sangre fría. ¿Ha vuelto a verlo?

—No. Ni sé dónde puede estar.

—Yo lo encontraré —aseguró Gentle ceñudamente—. ¿Ha hablado después con la enfermera?

—Sí, pero me dijo que no lo conocía. Hay tantos médicos en ese hospital...

—Suele suceder, —murmuró él, apoyándose en el tronco del árbol—. ¿Un cigarrillo, Verna?

—Ahora no, gracias. Sigo vigilando la casa.

—Muy bien. Avíseme cuando vea lo que hemos venido a ver. Aunque podía haber tenido en cuenta la hora que es, así habría traído algunos bocadillos y un par de cervezas.

—Hay un restaurante en la carretera, a tres kilómetros. Ya comeremos cuando nos marchemos, señor Gentle.

—Llámeme Rob —indicó él.

—Muy bien.

Verna continuaba tendida de bruces sobre el césped. De cuando en cuando asestaba los prismáticos hacia la misma casa, pero volvía a bajarlos, sin conseguir divisar lo que deseaba mostrar a su acompañante. De pronto, oyó un ruido singular.

Volvió la cabeza y sonrió. Gentle estaba dormido, con la barbilla apoyada en el pecho y respiraba un tanto ruidosamente.

—Pobrecillo —murmuró—. No ha debido de pegar ojo en toda la noche...

Transcurrió media hora más. Bruscamente, Verna divisó a una mujer joven que salía de la casa y se disponía a arreglar un poco las plantas del jardín. Inmediatamente, alargó la mano y agarró el brazo del joven.

—¡Despierta, Rob! ¡Ya la tengo a la vista!

Gentle se despabiló en el acto. Ella le pasó los prismáticos.

—Mírela bien —dijo—. Mírela bien, pero no se altere. Procure conservar la calma, ¿me oye?

Gentle enfocó los prismáticos hacia el punto que le indicaba la muchacha. Unos segundos después sintió una enorme sorpresa. Todo su cuerpo se sacudió en un violento estremecimiento.

—No puede ser... —balbuceó—. Ella está muerta...

—Asombroso, ¿verdad? —dijo Verna—. Parecería increíble, si no lo estuviéramos viendo con nuestros propios ojos...

Gentle se revolvió hacia la muchacha.

—Ahora mismo voy a hablar con esa mujer —exclamó.

—No lo haga —aconsejó ella—. De momento ya sabe que existe un doble perfecto de la pobre Hilda. Antes de hablar con ella, creo que sería conveniente discutir otras cosas.

—¿Por ejemplo?

Verna recogió los prismáticos y se puso en pie.

—Tengo hambre —manifestó—. Vamos al restaurante y luego hablaremos con toda tranquilidad.

Verna apuró el último sorbo de café y se puso un cigarrillo entre los labios. Gentle se lo encendió y luego encendió el suyo.

—¿Y bien? —dijo.

—Seré sincera. Mi conocimiento de la existencia de esa mujer data solamente de unos días, prácticamente sucedió al día siguiente de la muerte de Hilda. Yo había salido a tomar unas fotografías de mariposas e insectos en movimiento... Estamos en primavera y la actividad de las especies inferiores y de las plantas es muy notable en esta época. Entonces, al pasar casualmente junto a la casa de esa joven, la vi y, créame, creí que Hilda había resucitado.

—El parecido es asombroso, en efecto —convino él—. ¿Habló con ella?

—Sí, aunque muy brevemente. Sólo le pedí un vaso de agua... Yo iba cargada con mis trebejos y tenía mucha sed... Ella me atendió maravillosamente y después de darle las gracias, me marché, sin dar a entender lo que sabía.

—¿Le preguntó el nombre?

—Nos presentamos, en efecto. Ella es Lena Balney. Casada, pero separada del marido, en espera de la sentencia de divorcio.

—¿Qué hace ahí, en esa casa solitaria?

—No se lo pregunté, aunque dos días más tarde volví y pude ver un coche parado ante la puerta. Esperé largo rato, horas enteras y al fin, vi salir a un hombre gordo, calvo, tripudo... El perfecto prototipo del sujeto con dinero que busca placer mercenario, en suma.

—Comprendo. Pero si ella sigue digamos vendiendo sus favores, es que sigue perteneciendo a la organización.

—¿Por qué? Puede haberse establecido «independientemente», por su cuenta, ¿no le parece? De este modo, gana más y no tiene que dar comisión a terceros.

—Sí, tal vez sea como dice —admitió Gentle—. Bueno ya me ha traído para ver el doble de Hilda. ¿Cuáles con sus proyectos?

—Le seré sincera. Yo me gano bien la vida, como sabe, pero no puedo dilapidar el dinero en ciertas cosas. A usted no le importarían unos miles de dólares, supongo.

Gentle asintió.

—Es cierto —admitió—. ¿Y...?

—Contrate a un detective. Haga vigilar la casa de Lena unos días. Adquiera todos los datos posibles de ella. Luego, llegado el caso, iremos a visitarla. ¿Le parece bien?

—Estupendo. Pero todavía haré más, Verna.

—Dígame, Rob.

—Nuestras empresas suelen utilizar los servicios de una acreditada agencia de detectives. Haré que busquen al falso médico que mató a su hermana.

—¿Y después?

Gentle sonrió torvamente.

Después me ocuparé yo en persona de ese individuo —respondió—. Sospecho que no es sino un asalariado de la organización, pero a la fuerza tiene que conocer a alguien con cierto mando dentro de ella. Y este alguien conocerá a otro más alto y así sucesivamente, hasta...

—Hasta que llegue a la cúspide —completó ella la frase—. Absolutamente exacto —confirmó Gentle.

Una semana más tarde, Gentle recibió dos sobres, con la indicación de:

ESTRICTAMENTE PERSONAL. ABSOLUTAMENTE
CONFIDENCIAL. SÓLO DEBE SER ABIERTO POR EL
INTERESADO.

Sonrió para sí. La agencia de detectives había hecho, sin duda, un buen trabajo.

Abrió los sobres sucesivamente y leyó con gran detenimiento su contenido. Una vez conocidos los informes, llamó a su secretaria y le encomendó despachase los asuntos de trámite.

—Estaré ausente un par de días —añadió—. Si sucede algo de importancia, consulte con el gerente general.

—Muy bien, señor. ¿Algo más?

—No, gracias, eso es todo.

Gentle se marchó de compras aquella misma tarde. Salió de la ciudad y estuvo fuera casi veinticuatro horas. Al cabo de ese tiempo, regresó ya de noche y llamó a Verna sin pérdida de tiempo.

—¿Está libre? —consultó.

—Libérrima —respondió ella de buen humor.

—Como las mariposas a las que persigue con su cámara.

—Sí, aunque a veces también me persiguen a mí...

—¿Quién la persigue? —se alarmó Gentle.

—Oh, los hombres, claro. No soy tan fea, ríe parece. —Ah, entiendo...

—Disculpe, Rob. No me di cuenta de que usted no tiene el ánimo para bromas —dijo ella contritamente.

—Hubo un tiempo en que tenía todo el buen humor del mundo, Verna.

—Sí, lo comprendo. Bien, ¿qué era lo que quería de mí? —Ha dicho que está libre.

—En efecto.

—¿Le gustaría charlar un rato con aquel falso médico?

Verna sintió que se le cortaba la respiración.

—¿Lo ha localizado?

—Eso es.

—Puede resultar peligroso.

—Para él, en todo caso —rió Gentle—. Arréglese, pasaré a buscarla dentro de un cuarto de hora —indicó.

—No me retrasaré un solo minuto —prometió la muchacha.

CAPÍTULO IV

La mujer era alta, rubia teñida, de pechos exuberantes y caderas comprimidas por la tela del vestido, que parecían ir a rasgarse de un momento a otro. Cuando llegaba a la puerta del lavabo de damas, un hombre le cerró el paso.

—Estás con Tike Bohum —dijo Gentle.

Ella le miró suspicazmente.

—Eso no le interesa —contestó con desabrimiento.

—Te equivocas. —Gentle desplegó un abanico de billetes de cincuenta dólares—. Hay seis, serán para ti si haces lo que te digo.

Hubo un instante de silencio. Luego, la rubia se apoderó de los billetes de un manotazo y los introdujo en el centro de su profundo escote.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—Lárgate. Ahora mismo, sin volver a la sala. Si algún día te pregunta por qué te marchaste sin decirle adiós, dale cualquier excusa. Tú sabrás encontrar una apropiada, ¿verdad?

Ella le miró intrigada.

—¿Quién eres, buen mozo?

—No te preocupes. Haz lo que te he dicho y todo marchará bien.

—Conforme. Al menos, permite que me arregle...

—No. Tienes que irte ahora mismo.

—Está bien —suspiró la mujer—. Adiós. Adiós..., pero si no eres amigo de Tike, ten cuidado.

—Gracias.

La rubia se marchó. Gentle, satisfecho del giro que habían tomado los acontecimientos, volvió a la sala.

Tike Bohum, el hombre que había rematado a la hermana de Verna, estaba en la sala, sentado a una mesa, contemplando con

aire distraído el espectáculo que se desarrollaba en el pequeño escenario. A los pocos momentos se le acercó un camarero y le dijo algo al oído.

Bohum masculló algo entre dientes. Luego se levantó, dejó un par de billetes sobre la mesa y se encaminó hacia la salida.

Fuera, había una explanada donde se estacionaban los coches. Bohum caminó unos cuantos pasos en la penumbra.

—Eh, Dina, ¿dónde diablos te has metido...?

Alguien le interrumpió bruscamente, poniéndole una pistola en los riñones.

—Tike, si alzas la voz, considérate hombre muerto —amenazó Gentle—. Separa las manos del cuerpo y camina hacia aquel coche. ¡Vamos, en marcha, o aprieto el gatillo!

Bohum se estremeció, terriblemente sobresaltado.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —preguntó.

—No te preocupes ya lo sabrás en su momento. ¡Andando!

Bohum apretó los labios. No sabía quién era el sujeto que le encañonaba, pero éste, pensó, sí sabría bien pronto quién era él. Tenía una pistola en la funda sobaquera y en cuanto el otro se descuidase, le daría un buen disgusto.

Sus planes, sin embargo, se dispararon rápidamente cuando, al llegar junto al coche que le había sido señalado, sintió un terrible dolor encima de la oreja derecha. Las rodillas se le doblaron en el acto, aunque no perdió el sentido por completo. Sin embargo, se notaba sin fuerzas, tan débil como un niño.

Unas manos le movieron los brazos, colocándoselos a la espalda. Luego notó el frío contacto de unas argollas de metal en torno a las muñecas. Finalmente, sintió que le quitaban la pistola.

Acto seguido, Gentle abrió la portezuela posterior y levantó en peso el cuerpo del hampón, introduciéndolo en la parte posterior del coche. Bohum, a pesar del dolor, apreció que empezaba a reaccionar, pero, en el mismo instante, un chorro de vapor le dio en pleno rostro.

Adivinó los efectos del gas y quiso contener la respiración, pero el hombre repitió el lanzamiento y, a los pocos momentos, Bohum estaba dormido como un tronco.

Gentle lo acomodó en el asiento posterior. Luego ocupó un lugar a su lado.

—Yo viajaré con él, para evitar sorpresas —dijo—. Arranca, Verna ya te indicaré la ruta.

—Está bien —contestó la muchacha, que no había desplegado los labios hasta aquel momento—. Rob, ¿estás seguro...?

—No hay error posible —aseguró él con suficiencia.

Bohum despertó horas más tarde, en un lugar que le resultaba completamente desconocido. Sentía náuseas y mal sabor de boca y, cuando quiso moverse, notó que tenía las manos sujetas por unas esposas.

Entonces recordó de golpe todo lo que le había sucedido. Dina se había marchado inexplicablemente y luego un camarero le había dicho que ella lo aguardaba en el exterior. Al salir fuera, le habían secuestrado...

Bohum lanzó un rugido de ira. Alguien pagaría muy cara aquella broma pesada, se dijo.

Intentó levantarse, pero vio que tenía los tobillos atados. Al moverse, derribó algo que hizo bastante ruido. Sin embargo, no supo qué era, porque se hallaba en un lugar completamente a oscuras.

La luz se hizo súbitamente y parpadeó, deslumbrado. Entrevió dos siluetas en una puerta. Un hombre dijo:

—Bueno ya se ha despertado. Creo que es hora de empezar la función.

Bohum miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba en un cobertizo, con techo sustentado por vigas de metal. El lugar era bastante amplio y saltaba a la vista que había servido en tiempos para albergar maquinaria y equipos.

Sus pupilas fueron acostumbrándose a la luz. Entonces vio al hombre y a la joven que le acompañaban.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de mí? —rugió—. Les advierto que no me gustan cierta clase de bromas. Esto puede costarle caro...

—Calma, Tike —sonrió Gentle—. Todo tendrá su explicación, pero en el momento apropiado. Verna, encanto, apunta bien a este pajarraco. Si se mueve, aprieta el gatillo.

—Descuida, Rob —contestó la muchacha, a la vez que aceptaba el revólver que le tendía Gentle.

El joven se inclinó sobre Bohum y ató una cuerda gruesa en

torno a sus muñecas. Luego le quitó las esposas y, a continuación pasó un gancho por la sogá.

Bohum alzó la cabeza y vio que el gancho pendía de un delgado cable metálico, que llegaba casi hasta el techo. Mientras, Gentle se había ido a la pared más cercana, en la que había un cuadro de mando.

Apretó el botón. El torno metálico que había arriba empezó a funcionar y el gancho tiró de la cuerda que ligaba las manos de Bohum. El hampón se sintió izado en peso, sin poder hacer nada para contrarrestar la acción de motor eléctrico. Gentle lo paró cuando los pies de Bohum estaban a unos dos palmos del suelo.

—Pero ¿qué diablos pretenden? —chilló Bohum, que empezaba a sentirse invadido por un vago sentimiento de temor—. ¿Qué les he hecho yo...?

—Calma, calma —aconsejó Gentle fríamente—. Pronto lo sabrás, Tike, no te preocupes.

Desde su postura, Bohum vio que el joven se entregaba a ciertas manipulaciones, cuyo objeto le resultaba absolutamente incomprensible. La muchacha, que le encañonaba con el arma, le pareció conocida, pero no conseguía localizar el sitio donde la había visto antes.

Repentinamente, Gentle se acercó a él y, de sendos manotazos, le arrancó los zapatos, que tiró a un lado.

—¡Uf, qué hedor! —se quejó—. Cerdo, ¿es que no te lavas nunca los pies?

—Ahora se los vas a lavar tú, ¿verdad? —dijo Verna.

—Sí, en efecto. Tike, mira hacia aquí, por favor.

Bohum volvió la cabeza un poco. Gentle estaba situado junto a un banco de trabajo, sobre el que divisó un cuenco de cristal. El joven tenía en la mano derecha un frasco de cristal abierto, del que salían unas leves volutas de humo. Con la izquierda, sostenía unas pinzas que sujetaban una pata de pollo, cruda.

Gentle vació el frasco en el recipiente y luego introdujo la pata de pollo en el líquido. Esperó uno minutos, la sacó y se la enseñó al prisionero.

—Esto es ácido —dijo—. Pero tengo más, mucho más...

Tiró las pinzas a un lado y buscó un gran barreño, que situó justamente bajo los pies del hampón. Luego trajo un enorme

garrafón de vidrio, cuyo tapón quitó en el acto. Sin perder tiempo, vertió en el barreño el contenido de la garrafa.

Bohum bajó la mirada y se sintió atacado por un pánico espantoso al ver el líquido humeante que llenaba el barreño casi por completo. De repente, notó que perdía altura.

Sus pies se acercaron peligrosamente al ácido. Aulló como una fiera.

—¡No, no lo hagan! —gritó, sudando a chorros—. Pero ¿qué les he hecho yo? ¿Por qué quieren quemarme los pies?

Gentle paró el motor. Luego se acercó a Bohum, deteniéndose a dos pasos de distancia.

—Tike, hace algún tiempo, tú te pusiste una bata de médico y clavaste una aguja muy fina en el corazón de Laurie Simms. ¿Lo recuerdas?

Bohum se había desmoralizado por completo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Me... me lo ordenaron...

—¿Quién? —preguntó Gentle, inflexible.

El hampón habló durante unos momentos. Al terminar, Gentle hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien —dijo—. De todas formas, lo comprobaré. Entonces, te dejaré marchar libre.

Fue hacia la pared y accionó de nuevo el torno mecánico. Los pies de Bohum se hundieron bruscamente en el barreño, aunque sus manos quedaban todavía por encima de la cabeza.

Extrañamente, Bohum no percibió la menor sensación de quemadura. Miró al joven y le vio sonreír.

—¡Idiota! —dijo Gentle—. Sólo había ácido en el frasco. El líquido en que tienes metidos los pies es agua, con un poco de hielo seco, que despide algo de vapor en esas condiciones. ¿Acaso piensas que soy tan desalmado como tú?

Bohum se encolerizó terriblemente y empezó a proferir toda suerte de maldiciones. Gentle se le acercó lentamente.

—¡Qué horror! Nunca había oído un lenguaje semejante —se escandalizó—. Mis delicados oídos no me permiten aguantar tal serie de obscenidades...

Repentinamente, disparó el puño derecho y alcanzó la barbilla del hampón. Bohum calló instantáneamente.

—¿Y ahora? —preguntó Verna.

—En seguida lo sabrás —respondió él.

—¿Sabes, Rob?, por un momento yo también llegué a pensar que el líquido que contenía el barreño era ácido. Claro que me suponía que Bohum se rendiría antes, como así ha sucedido.

Gentle se echó a reír, a la vez que pegaba una patada al barreño.

—Mujer, ¿a quién se le ocurriría echar ácido en un recipiente de plástico? —dijo maliciosamente.

Ella se puso una mano en la boca.

—Oh, no sirve para detective...

—Bohum tampoco —repuso él—. Bueno, vamos a terminar la tarea.

Hizo descender del todo el cable y cogió en brazos el inerte cuerpo del matón.

—Voy a dejarlo en lugar seguro unos cuantos días —manifestó.

—¿Dónde? —inquirió Verna.

—Sígueme y lo verás.

Bohum despertó con un tremendo dolor de mandíbula y se dio cuenta a los pocos momentos que estaba en un lugar oscuro, húmedo y muy poco confortable. El suelo era irregular con bastantes pedruscos y arena nada seca.

Levantó la vista. Su frente se inundó de un sudor frío al ver, muy lejos, allá arriba, un círculo, en el que brillaban todavía las estrellas en un cielo que ya empezaba a perder su color negro.

Bruscamente, una voz descendió de lo alto:

—¡Eh, Tike!

—Estoy aquí... Sáqueme de este maldito pozo, por lo que más quieras...

—Ni lo sueñes —contestó Gentle implacablemente—. Hay cincuenta metros de profundidad y he lanzado al fondo la cuerda que me sirvió para bajarte ahí. Cuando haya comprobado que me dijiste la verdad, vendré a sacarte.

Pero no le dijo que lo entregaría a la policía, era algo que el hampón debía ignorar hasta el momento apropiado.

—Si miras un poco, verás un bidón con diez litros de agua y una caja con galletas. Tienes suficiente para una semana, si moderas tus necesidades. De todas formas, espero venir mucho antes. Diviértete, Tike.

A los pocos momentos, Bohum oyó el estruendo de un motor que se ponía en marcha. Desmoralizado, abatido, perdido el ánimo por completo, golpeó el suelo con los puños, en infantil gesto de rabia impotente.

—¿No te parece que te has pasado un poco, Rob? —dijo Verna, cuando ya se alejaban de aquel lugar.

—¿Pasarme? ¿Ha sufrido algún grave daño ese miserable? Un par de golpes, un poco de miedo y para de contar. ¿Qué menos se merecía Verna?

—Si, tal vez tengas razón..., aunque debo reconocer que supiste preparar muy bien el escenario.

—Estuve trabajando veinticuatro horas casi seguidas —contestó él.

—¿Te pertenece... la granja? Porque me parece que hemos estado en una granja...

—No. Es de un amigo y su mujer enfermó gravemente, por lo que ha tenido que abandonar momentáneamente los trabajos de instalación. Si no estuviera casado, ese amigo te gustaría muchísimo.

—¿Por qué?

—También estaba atado a los negocios y un buen día lo mandó todo al diablo, se compró estos terrenos y empezó a preparar todo para fundar una granja. El pozo no está excavado todavía por completo, faltan unos treinta metros más para dar con la vena de agua. Entonces montará un molino de viento...

—Y tendrás a Bohum ahí hasta que hayas comprobado lo que te dijo.

—Exactamente.

—No podrá escaparse.

—Es un sitio absolutamente seguro —contestó Gentle con gran énfasis.

CAPÍTULO V

El hombre empezaba ya a cansarse de su espera. Soapy Rengle maldijo entre dientes el incidente que le había hecho perder la noche entera.

Una vez más, miró a su alrededor, sin encontrar lo que buscaba. De repente vio venir un coche.

De un salto, se escondió entre los matorrales más cercanos. El camino era bastante irregular, por lo que el conductor del vehículo tenía que moderar la velocidad casi constantemente.

El automóvil pasó por delante de Rengle. Los ojos del sujeto captaron las figuras de dos personas en el asiento delantero.

—Son ellos —murmuró.

Eran los mismos que se habían llevado a Bohum, escena que él había presenciado casualmente. En el acto, había informado a alguien de lo que sucedía y le habían dado la orden de seguir a los raptos de Bohum.

Le había costado, pero, al fin, consiguió localizarlos. Cuando el coche estuvo lejos, salió de su escondite y caminó a pie hacia los edificios que se veían en la ladera de la colina cercana.

La luz del día aumentaba con rapidez. Rengle vio una casa solitaria, cerrada un gran cobertizo y un poco más allá, un castillete destinado sin duda a la excavación de un pozo.

A pocos pasos, divisó una pala mecánica, cubierta por lonas. Un poco más allá, había un tractor agrícola. Parecía una granja, pero estaba abandonada, se veía claramente.

De pronto, sintió un escalofrío.

—Se han «cargado» a Tike y luego lo habrán enterrado en alguna parte —murmuró.

Si era así, encontraría señales de una tumba reciente. Empezó a

explorar los alrededores. De pronto, tropezó con un cubo de metal y el golpe hizo bastante ruido.

Alguien gritó. Estupefacto, Rengle miró a todos los lados, sin ver a nadie.

El grito se repitió. Entonces, Rengle vio la boca del pozo.

Corrió hacia allí y casi se mareó al asomarse al borde. El fondo resultaba invisible desde aquel punto.

—¡Tike! —gritó.

—Por todos los... —aulló Bohum—. ¿Me conoces, hermano?

—Soy Soapy Rengle. Vi cómo te secuestraban anoche, pero hasta ahora no he podido dar con tu pista... ¿Qué demonios haces ahí abajo?

—Me trajeron... No sé quiénes son... —se lamentó Bohum—. El amenazó con meterme los pies en un barreño lleno de ácido...

—¡Cristo! —Se espantó Rengle—. Eso significa que te hicieron hablar.

Bohum maldijo entre dientes. Nunca diría que le habían engañado.

—No tuve otro remedio, créeme —gimió.

—¿Por qué te han dejado aquí, Tike?

—Él quiere comprobar... Bueno, ¿es que no te lo imaginas, estúpido? Vamos, sácame de aquí... La cuerda con la que me descendieron está aquí abajo... Tiene que haber otra en alguna parte...

—Sí, claro, ahora mismo. No te preocupes, Tike.

Rengle miró en todas direcciones, buscando una cuerda. Pero, de repente, se le ocurrió una idea.

Bohum había «cantado». No sabía lo que había podido decir a sus raptos, pero era fácil imaginar que había dicho todo lo que sabía, bajo la amenaza del ácido.

—Eso no ha estado bien —murmuró, mientras se acercaba a la pala mecánica.

Apartó las lonas y ocupó el sillín del conductor. La llave estaba puesta. El motor se puso en marcha, después de un par de intentonas.

Rengle dio gas y comprobó el perfecto funcionamiento de la máquina. Desde el fondo del pozo, Bohum oyó el ruido y sonrió satisfecho. Su amigo le sacaría ahora y...

Súbitamente, lanzó un alarido desgarrador cuando vio que la boca del pozo se oscurecía de forma inesperada. Una tonelada de tierra cayó sobre él de golpe.

Quedó aturdido, semienterrado, luchando frenéticamente por volver a la superficie. Pero la máquina continuó lanzando toneladas de tierra, mezcladas con bastantes piedras.

Rengle se asomó al pozo bastante después.

—¡Tike! —llamó.

No hubo respuesta.

Satisfecho, Rengle se sacudió las manos. Luego se encaminó en busca del coche que había dejado a cierta distancia de la granja, en lugar seguro.

La secretaria entró en el despacho, con una tarjeta en la mano.

—El señor Ebnell desea verle, señor —anunció.

Gentle tomó la tarjeta y leyó la inscripción a media voz:

—Harschin K. Ebnell, Tierras y Propiedades. ¿Qué querrá este tipo?

—Tal vez desee venderle alguna casa —apuntó la secretaria—. ¿Le digo que vuelva otro día, señor?

Gentle consultó el reloj.

—No. He terminado ya el trabajo y me sobran diez minutos: Hágle pasar, señorita Orton.

—Bien, señor.

Ebnell entró momentos después. Era un hombre alto, de agradable presencia, vestido con sobriedad y con todo el aspecto de tener unos negocios muy prósperos.

—Le agradezco haya accedido a recibirme, señor Gentle —dijo, después de los saludos adecuados—. De todas formas, no le robaré mucho de su valioso tiempo. Voy a ser breve, porque así lo exige la situación, no sé si me comprende.

Gentle sonrió.

—La situación, ¿de quién de los dos, señor Ebnell?

El visitante se echó a reír.

—Depende del punto de vista —contestó—. En fin, basta de preámbulos. Quiero hacerle saber que represento a una empresa, que posee ciertas tierras de las que desea desprenderme. Quizá a usted le interese el asunto.

—Por ahora no necesitamos...

—Perdone que le interrumpa. Sólo deseo hacerle saber que dispongo de esas tierras. Le dejaré una tarjeta y usted, cuando le sea posible, puede visitarlas o enviar a alguien de su confianza para que le dé un informe. No está demasiado lejos de la ciudad, en realidad, forma parte de la misma, pero sí se halla situado en un lugar de gran porvenir. El nombre es High Edén, muy apropiado, como podrá comprobar en su momento. En fin, la decisión es suya y ya no quiero seguir molestandole más.

Ebnell se puso en pie y dejó una tarjeta sobre la mesa de Gentle, quien no había recuperado todavía el habla.

—No sabe cuánto le agradezco que me haya recibido —sonrió el visitante—. He tenido un gran placer en conocerle, señor Gentle. A su disposición en todo momento, con sinceridad. Buenas tardes, señor Gentle.

Cuando Ebnell se hubo marchado, Gentle continuaba todavía sin despegar los labios.

El nombre de High Edén le recordaba un trance terrible, que no olvidaría mientras viviese. Eran las últimas palabras de Hilda y se preguntó qué posible relación podrían tener Ebnell con aquellos parajes.

De repente, concibió una idea. Levantó el teléfono, marcó un número y esperó la respuesta.

—Soy Gentle —dijo momentos después—. Acabo de recibir la visita de un tipo llamado Harschin K. Ebnell. Vive en el dos mil noventa y siete de Parkton Road, donde también tiene su oficina de bienes raíces. Averigüen todo lo que pueda de ese individuo y comuníquemelo cuanto antes.

—Bien, señor, así se hará —le contestaron.

Gentle colgó el teléfono y se puso en pie. Tenía treinta minutos escasos para reunirse con Verna.

Cuando salía a la calle, alguien llamó su atención:

—Estás muy alterado —dijo la mujer—. ¿Por qué no te vienes a descansar un poco conmigo, en mi apartamento? Gentle se volvió.

Ella era una espléndida morena, de curvas muy atractivas y sonreía de un modo enteramente profesional, con los labios pintados de rojo fuego y de los que pendía un cigarrillo humeante.

—Mi apartamento no está en High Edén, pero tampoco es mal sitio —añadió la mujer.

Gentle se puso rígido.

Por segunda vez, en menos de media hora, le mencionaban aquel nombre. Miró fijamente a la joven y se preguntó qué podía hacer una mujer de su clase, a media tarde y en un barrio de negocios.

Precisamente fue este detalle lo que le convenció para aceptar la invitación que le formulaban. Si la joven estaba allí, era con un propósito bien definido y resultaría interesante averiguarlo.

—¿Tienes teléfono en tu casa? —preguntó.

—Claro —sonrió ella.

—Tendré que hacer una llamada...

—Todas las que quieras. Me llamo Anita.

—Yo, Rob.

—Vamos, Rob.

Anita hizo voltear el bolso y avanzó hacia el coche que aguardaba junto a la acera.

El apartamento era pequeño, pero tenía buen aspecto. Anita fue a la cocina y volvió con café.

—Me ha parecido que te agradaría más que un trago de algo fuerte —dijo sonriendo.

—Es cierto —admitió él—. No bebo mucho ni soy de los que están echándose tragos al colete en cualquier momento. Bueno, ¿qué me dices de High Edén?

Anita se había sentado frente al joven, con las rodillas muy juntas y le miraba fijamente.

—Está a pocas millas al Oeste. Es un lugar encantador. Abundan las viudas jóvenes y divorciadas. El barrio está constituido, en su mayor parte, por casas aisladas, con su jardín. Hay pocas familias con niños.

Sé algo sobre el particular. ¿Qué más?

—Hace tiempo me propusieron a mí ocupar una de aquellas casitas, por un módico alquiler, sólo mil quinientos dólares al mes. A cambio, ¿te imaginas lo que tendría que hacer?

—Recibir visitas de hombres con dinero —respondió él.

—Exacto. La verdad es que las chicas ganan «pasta». Ninguna visita paga menos de quinientos dólares y eso dependiendo del tiempo o de algunos caprichos particulares. Naturalmente, las inquilinas, además del alquiler, tienen que pagar el importe de una

digamos compañía de servicios, que se ocupa de tener el lugar en condiciones, de la vigilancia nocturna y demás. En resumen, la cosa les sale por casi seis mil dólares al mes.

—¿Por qué no aceptaste, Anita?

Ella se tocó la nariz.

—Me olí el asunto —contestó—. No me gusta que me enganchen en ninguna organización. Prefiero vivir mi vida, a mi aire, libremente, sin tener que dar a nadie un centavo de lo que me gano. El tiempo me dio la razón. Supongo que sabes lo que le pasó a Laurie Simms. Y no digamos nada de tu prometida.

—Sé lo de Laurie, pero en el caso de mi prometida hubo un error. La confundieron con otra —dijo Gentle con voz tensa.

Anita pareció mostrar sorpresa ante aquella respuesta, aunque no hizo ningún comentario.

—Muy bien, como quieras —repuso—. La muerte de tu novia hizo mucho ruido y sé que andas buscando a los culpables...

—¿Cómo diablos te has enterado, Anita? —Respingó el joven.

—En mi oficio se oyen muchas cosas —dijo ella con una risita—. Lo que sucede es que hay quien no sabe tener la boca cerrada y acaba mal. Yo mantengo la boca cerrada, pero los oídos siempre bien abiertos.

—Entiendo. Oye, si te propusieron entrar en la organización y te negaste, ¿cómo aceptaron esa negativa?

—Muy sencillo. Dije que estaba... enferma. Tengo un cliente fijo, un médico. Le pedí un certificado, unas hojas de tratamiento clínico... y se lo tragaron la fábula. Ya no han vuelto a molestarme. Comprenderás que una chica enferma les echaría a perder el negocio.

—Claro —dijo Gentle, asqueado por lo que estaba oyendo. Pero la vida era así y él no había venido al mundo a redimir a los demás, sobre todo, a los que no lo querían, pensó—. Anita, has dicho que es esa compañía de servicios la que dirige el negocio —añadió.

—En efecto. Es la General

Supplies & Service

Corp., dirigida por un tal Steve Nayland. Directora asociada, Syra Arnold. Te daré la dirección...

Gentle asintió. Concordaba con lo que le había dicho Bohum.

—Gracias —contestó, cuando Anita hubo terminado—. De modo

que es la
G. S. & S.

la que se encarga de «administrar» Blue Edén.

—Exacto. Hay siempre treinta y cinco o cuarenta casitas ocupadas, a seis mil al mes, echa tú mismo las cuentas.

Gentle se estremeció. Los ingresos eran un mínimo de doscientos mil mensuales. Un buen negocio, evidentemente, se dijo.

—De todas formas, pienso que tanto Nayland como la mujer, deben de ser solamente los ejecutivos —manifestó—. Sospecho que hay alguien más por encima de ellos. ¿No lo crees así, Anita?

Ella suspiró.

—Estoy segura, aunque no se me ocurre quién puede ser —contestó—. Si un día consiguiera averiguar algo... Pero estas cosas se hacen con tanta discreción, que resulta muy difícil, por no decir imposible, encontrar al jefazo máximo.

—No me cabe la menor duda. —Gentle se puso en pie—. Gracias por todo, Anita —añadió, a la vez que sacaba unos billetes.

Ella rechazó la recompensa. Gentle puso trescientos dólares en su escote.

—Si no lo aceptas, chillaré y diré que querías robarme —rió el joven.

—Hombre, si te pones así... Gracias, eres un buen chico, Rob.

Gentle se encaminó hacia la puerta. A punto de salir, se volvió:

—Anita... ¿y el apellido?

—Ávila —respondió la joven.

—¿Mexicana?

—Desde el río Grande hasta la Tierra de Fuego, elige tú mismo —dijo Anita con una alegre carcajada.

Gentle asintió y se marchó. Al quedarse sola, Anita meneó la cabeza.

—Pobre —murmuró—. Cuando sepa toda la verdad, se va a llevar un mal rato.

CAPÍTULO VI

Detuvo el coche frente a un edificio que parecía un gran almacén, situado en un lugar poco céntrico de la ciudad y contempló el gran rótulo que había sobre la puerta principal. Sí, allí era, se dijo.

El edificio tenía adosado un cuerpo destinado a oficinas, situado en un primer piso. Para acceder a él, era preciso utilizar una escalera exterior en voladizo. Gentle saltó del coche y se encaminó directamente hacia la escalera.

Momentos después, abría una puerta. Una mecanógrafa tecleaba aburridamente, mientras mascaba chicle. Gentle sonrió.

—Hola, preciosa —dijo—. ¿Puedo hablar con el señor Nayland?

Ella le miró desabridamente.

—¿Nombre?

Gentle, Rob.

—Aguarde un momento, por favor.

La empleada usó un interfono. Al cabo de unos segundos, se volvió hacia el joven y señaló una puerta con el pulgar situada al fondo.

—Pase —dijo escuetamente.

—Gracias. —Gentle avanzó unos pasos y, de pronto, se detuvo—. ¿Soltera? —preguntó.

—Si.

—¿Nombre?

—Ruth Meehan.

—Cuando salga de aquí, la pediré que se case conmigo. Tengo debilidad por las mujeres que hablan poco.

Ruth dio un salto en su silla. Riendo, Gentle se encaminó hacia la puerta señalada, tocó con los nudillos y abrió.

Se sorprendió grandemente al ver un despacho lujosamente

decorado, con las ventanas ocultas casi por completo por espesas cortinas. Al cerrar, pudo darse cuenta de que la puerta había sido acolchada, a fin de insonorizar el lugar por completo.

Detrás de una mesa de despacho había un hombre, de unos cuarenta años, elegante, pero de aspecto más bien basto. Junto a la mesa se veía a una mujer en pie, hablando por teléfono.

Ella decía, en aquellos momentos:

—Muy bien, señor Smith... Sí, puede ir cuando guste, a partir de las siete de la tarde... Número veintidós... Oh, no se preocupe, a la entrada del barrio hay un plano general, con indicación de los apartamentos... De nada, ha sido un placer, señor Smith.

«Un cliente más, para la casa número veintidós, donde vive una viuda joven o una divorciada», pensó Gentle.

—Soy Nayland —se presentó el hombre—. La señora Arnold, señor Gentle, mi director asociado.

—Encantado —dijo el joven.

—¿Cómo está? —saludó Syra cortésmente.

Era bastante guapa y tenía más de treinta años. Los ojos eran duros, diamantinos.

«Esa mujer no tiene corazón», se dijo el joven.

—Me llamo Rob Gentle —sonrió—. Aunque me parece que ya se lo ha dicho su secretaria.

—Sí —convino Nayland—. ¿En qué podemos servirle, señor Gentle?

Los ojos del joven fueron un instante al enorme armario metálico que había en un rincón. Debía de contener infinidad de secretos, supuso.

—¿Conocen ustedes a un tipo llamado Tike Bohum? —preguntó.

Nayland se volvió hacia la mujer.

—¿Has oído ese nombre alguna vez, Syra?

—No, nunca —respondió ella.

—Son unos mentirosos —les apostrofó Gentle sin inmutarse—. Fue Bohum, precisamente, quien me dio sus nombres y esta dirección. Bohum fue el que apuñaló y remató a Laurie Simms. Yo lo capturé, lo llevé a un lugar solitario y le obligué a hablar. Bohum repetirá ante la policía todo lo que me dijo a mí, téngalo por seguro.

—Syra, te aseguro que no sé de qué nos está hablando este individuo —dijo Nayland sin amilanarse.

—Yo tampoco —respondió ella—. El mundo está lleno de chiflados y eso es algo que no podemos evitar.

—Muy bien —dijo Gentle—. No lo quieren admitir, pero me es igual. Escuchen una cosa: yo no soy un policía atado por impedimentos legales. Ustedes hicieron asesinar a mi prometida y eso es algo que pagarán muy caro algún día. Voy a luchar contra su asesina organización con todas mis fuerzas y los derrotaré, aunque para ello tenga que gastarme el último centavo. ¿Lo han entendido?

—Somos muy corteses, señor Gentle —respondió Nayland apaciblemente—. Ya ve que le permitimos hablar y amenazarnos. Pero no nos asustamos, porque no puede probar nada contra nosotros.

—Lo cual no significa que no sean inocentes. ¿Qué me dicen de Bohum?

Nayland se sopló las uñas y luego se las frotó en la solapa de su traje.

—Syra, ¿has oído hablar de ese hombre alguna vez?

—No, nunca —repitió ella.

Gentle empezó a sospechar algo turbio. ¿Por qué se mostraban tan tranquilos al mencionarles al sujeto que les había acusado con toda claridad?

No tuvo tiempo de hacerse reflexiones. Repentinamente, sintió un vivísimo dolor en la parte posterior de la cabeza.

Miles de estrellas aparecieron ante sus ojos. Muy pronto se hizo la oscuridad y no se enteró siquiera de que había caído al suelo.

Tenía la cara apoyada en algo fresco y pronto supo que se trataba de un suelo de cemento.

Alguien hablaba a poca distancia. A los pocos momentos, empezó a sentirse un poco mejor, aunque decidió quedarse todavía un rato más en el suelo, hasta recuperar las fuerzas.

—Has actuado a tiempo, Soapy —dijo alguien—. Ese tipo estaba dispuesto a ponernos en un buen aprieto.

—Hizo hablar a Bob —exclamó la mujer, muy nerviosa—. Maldita sea, no puedo explicarme cómo lo consiguió.

—Eso es lo de menos ahora. Bohum ya no podrá repetir a nadie lo que le dijo a Gentle.

—Sí, pero éste pudo anotar lo en alguna parte...

—¿Y qué? Sin la corroboración de Tike, nadie le haría el menor

caso. Además, vamos a quitarlo de en medio, así que se han acabado las preocupaciones.

—Ruth le vio entrar, pero no salir...

—Ya se ha marchado. Mañana le diremos que la conversación duró mucho rato. No te preocupes, Syra, este asunto ya ha sido solucionado.

—Muy bien —dijo ella—. Pero habrá que hacer desaparecer el cuerpo, de modo que no lo encuentren jamás.

—Yo me encargaré de ello —terció otro individuo—. Podemos llevarlo al mismo sitio donde está Bohum... debajo de cuatro o cinco toneladas de tierra y piedras.

Gentle oyó aquello y se estremeció. ¿Cómo habían averiguado el lugar donde había dejado al hampón?, se preguntó.

—De acuerdo —accedió Syra—. A la noche lo llevaremos allí. ¿Conoces el camino, Soapy?

—Ahora ya no podría extraviarme —respondió Rengle con suficiencia.

—Muy bien. Parece que empieza a moverse. Lo mejor será que lo atemos, antes de que despierte del todo.

—Hazlo, Soapy Nayland, a la vez que sacaba un revólver.

Gentle se sentó en el suelo. Nayland le encañonó con el arma.

—Si se mueve, disparo —dijo torvamente.

El joven le miró con frialdad.

—Lo pagarán —aseguró—. Créanme, la muerte de mi prometida les va a costar dolor mientras vivan... El dolor de verse encerrados en la cárcel para siempre.

—¡Qué miedo! —se burló Syra.

—Sí, ríase, ríase, señora. Más me reiré yo cuando la vea ante un juez y un jurado...

—Usted verá antes a Satanás —dijo Syra furiosamente—. ¡Vamos Soapy, la cuerda, maldita sea!

—Sí, sí, señora... Al momento...

Gentle se dio cuenta de que estaba en una de las dependencias de la ficticia compañía de suministros y servicios, un cuarto completamente vacío, sin ventanas, pero al que supuso en comunicación con el despacho. Rengle salió unos instantes y volvió a los pocos momentos con una cuerda en las manos.

Nayland continuaba encañonándole. Gentle se dio cuenta de que

el revólver estaba amartillado. Al menor movimiento, dispararía y...

Rengle se le acercó por detrás. En el mismo instante, sonó una voz femenina, fresca y vibrante:

—Amigo, deje el arma inmediatamente —exclamó Verna—. Señora, no se mueva en absoluto, no respire siquiera, a menos que desee morir antes de un minuto en medio de atroces dolores.

El joven volvió la cabeza y creyó que soñaba. La escena que estaba presenciando le pareció absolutamente irreal.

Verna había aparecido inesperadamente y tenía su bolso en la mano izquierda. Con la derecha, enguantada, sostenía una serpiente por la base de la cabeza, que había acercado a pocos centímetros del rostro de Syra.

—No se mueva, señora —repitió la muchacha—. Si hace un solo gesto, le arrojaré la serpiente y le clavaré los colmillos en la cara. Siga así, quieta como está... ¡Y usted —ordenó a Nayland perentoriamente—, tire el revólver ahora mismo, si quiere ver viva a su amiga!

—Hazlo, Steve —dijo Syra, terriblemente amedrentada—. No dejes que me muerda esta maldita serpiente...

Gentle se sentía aturdido, sin comprender cómo había podido llegar Verna tan oportunamente y menos todavía con una serpiente de cascabel en su bolso. Algunas mujeres, se dijo, estaban completamente chifladas.

El revólver cayó al suelo. Gentle se abalanzó hacia el arma y la cogió en el acto.

Luego se volvió hacia Rengle.

—Tú has sido el que me atacó por detrás —dijo.

El hampón temblaba de pánico.

—Bueno yo... pensé que era un ladrón... No quería hacerle daño —cloqueó.

Gentle le asestó un revés con la mano izquierda, derribándolo al suelo.

—Estamos en paz —dijo—. Vámonos, Verna.

La muchacha volvió a guardar la serpiente.

—Es una especie inofensiva —dijo placenteramente—. A ver si me creen tan tonta como para andar con un crótalo en el bolso.

El rostro de Syra se puso del color de los tomates maduros.

Nayland emitió una obscena imprecación.

—Volveremos a vernos, téngalo por seguro —prometió Gentle.

Salieron del cuarto, atravesaron el despacho y alcanzaron la escalera. Verna corrió hacia su coche.

—Sígueme, Rob, iremos a mi apartamento.

Gentle levantó la vista y vio un rostro detrás de los cristales.

—No, podrían seguirnos —objetó—. Iremos a mi casa.

—Muy bien.

Cada uno subió a su coche y ambos arrancaron inmediatamente como alma que lleva el diablo. Gentle ardía en deseos de saber cómo había aparecido Verna tan oportunamente, pero tuvo que resignarse, sabiendo que obtendría la explicación apenas llegaran a su casa.

Media hora más tarde, puso *whisky* en dos vasos.

—Necesitamos un trago —sonrió.

—Para pasar el mal trago —contestó ella.

—Eres... fantástica. ¿Cómo diablos pudiste aparecer en aquel lugar?

—Bueno, fui a tu oficina y vi que salías en el coche, junto con una morena espectacular.

—Me dio informes muy interesantes sobre High Edén. Pero yo te llamé a tu casa y no contestabas.

—Había salido al campo. Regresé justo cuando te ibas con aquella joven.

—¿Y la serpiente?

—Oh, la encontré por allí... Tengo un amigo naturalista y pienso llevársela para su colección.

—Hay hombres que coleccionan reptiles —se aterrorizó él—. Podía coleccionar sellos o tapones de botellas...

—Lo hace en interés de la ciencia —sonrió ella—. Bueno, el caso es que luego te vi salir de la casa de la morena y marcharte, por lo que te seguí hasta el edificio de esa compañía de suministros y servicios. Cuando vi que tardabas mucho, decidí entrar... y me encontré con aquel espectáculo.

—Y se te ocurrió la idea de la serpiente venenosa.

—Hombre, no tenía una pistola a mano y no le iba a amenazar con las dos mariposas que he capturado hoy —contestó Verna alegremente.

Gentle meneó la cabeza.

—No se puede decir que la vida a tu lado no tenga momentos de interés —observó—. Bueno ya sé qué hay en Hugh Edén —agregó.

—¿De veras?

—Cuarenta casas, casi todas ocupadas por una mujer joven y bonita, supuestamente viuda o divorciada. Los ingresos mensuales por cada inquilina suponen una media de seis mil dólares.

Verna silbó.

—Una tontería —comentó irónicamente.

—Así es y Nayland y la mujer son los directores de la compañía que, ficticiamente, se encarga del barrio High Edén ya sabes, conservación y vigilancia.

—¿Vigilancia también?

—Claro, es lo natural en un lugar semejante.

—Si hay guardianes, seguramente serán matones que vigilan a las chicas, Rob —opinó ella.

—Es muy probable, aunque mañana pienso confirmarlo.

—¿De qué forma? —preguntó la muchacha.

—Hablaré con Lena Balney, el doble de Hilda. Ya es hora, Verna.

—Será una conversación interesante, Rob.

—Eso espero. Pero antes haré una visita a la granja de mi amigo.

—¿Para qué? —se extrañó Verna.

—Creo que Bohum está ahora debajo de cuatro o cinco toneladas de tierra, lo cual, lógicamente, le impide hablar —contestó Gentle con sombrío acento.

CAPÍTULO VII

Como recordaba la situación de la casa donde vivía Lena Balney, pudo encontrarla sin dificultades. Eran las once de la mañana cuando llamó a la puerta.

Lena apareció momentos después, todavía en bata, pero ya arreglada. Gentle sintió una terrible punzada de dolor al contemplar aquel rostro, tan semejante al de la mujer amada.

—Señora Balney, supongo —dijo.

—Sí, pero no recibo a estas horas...

—Me llamo Rob Gentle.

Hubo un momento de silencio. Gentle se dio cuenta de que la mirada de Lena estaba fija en su rostro. Los rojos labios de la joven temblaban perceptiblemente.

—Está bien —accedió ella al cabo—. Pase, por favor, señor Gentle.

—Puede llamarme Rob —sugirió el joven.

—Gracias. ¿Quiere un poco de café?

—Si no es molestia...

—Ninguna.

Lena desapareció unos instantes. El joven se percató de que estaba terriblemente nerviosa. Su visita, se dijo, la había pillado por completo de improviso.

Al cabo de un rato, ella volvió con una bandeja en las manos. Gentle captó un vago olor a alcohol.

«Ha tomado un trago para calmarse», dedujo.

Lena sirvió el café en silencio. Al cabo de unos momentos, volvió a mirarle.

—Hilda era mi hermana —dijo en voz muy baja.

—¿Gemelas?

—Sí.

—Eso explica el parecido.

—Somos gemelas uniovulares. El parecido es aún más acentuado que en otros casos.

—Comprendo.

Lena exhaló una risa amarga.

—He dicho «somos» y no me he expresado correctamente. Tendría que haber dicho «éramos». Pero esos matices importan poco ahora.

—No, nada. Lena, ¿por qué mataron a tu hermana?

Ella bajó la mirada.

—Yo quería abandonar esta vida. Ellos no me lo permiten. Insistí y cuando se dieron cuenta de que mis propósitos eran firmes, mataron a Hilda. Para darme un escarmiento, dijeron.

—¿Quién te lo dijo?

—¿Qué importa eso ahora? Alguien, por teléfono... —Lena se mordió los labios—. Tengo una clientela muy nutrida... Soy una de las chicas más solicitadas de High Edén...

—¿Lo sabía Hilda?

—Sí. Ella fue la que me aconsejó dejara esta clase de existencia. La hice caso y murió por mi culpa. Soy una mujer cobarde, no me he atrevido a denunciarles siquiera, Rob.

—No habrías conseguido nada —alegó él—. ¿Cuánto consigues al mes?

—Doce, catorce mil dólares... Tengo una tarifa muy alta. No pueden permitirse el lujo de perder esa mina.

—¿Cuáles son tus beneficios brutos?

—Dos mil, en el mejor de los casos. Una miseria —contestó ella, con risa amarga.

Tal vez algún desengaño había impulsado a Lena a adoptar aquella profesión, pensó Gentle. O quizá no tenía ganas de trabajar ocho horas diarias detrás de un escritorio y había creído que de esta forma podría ganar mucho más dinero y con mayor rapidez. Indudablemente, había aceptado la oferta de ocupar alguna de aquellas casitas, creyendo que le resultaría mucho más beneficioso, sin darse cuenta de que era atrapada en una tela de araña, de la que sólo se podía escapar de una forma.

Unos seres sin conciencia, buitres verdaderos, la estaban

explotando, en una de las más abyectas maneras de la esclavitud. Tenía que acabar con aquella situación, se propuso, aunque no fuese más que por la memoria de su prometida y la de la hermana de Verna.

—Una pregunta, Lena —dijo al cabo—. ¿Tuvo algo que ver Hilda con este negocio, aparte del parentesco contigo?

—No, Rob —contestó ella firmemente.

—Si Hilda se hubiera confiado conmigo... Yo habría tratado de remediar esta situación...

—Fui yo quien le dijo que callase. No quería que esto pudiera perjudicar su matrimonio. Estaba locamente enamorada de ti y yo deseaba sobre todo que fuese muy feliz a tu lado. A ti no te habría gustado saber que Hilda tenía una hermana prostituta, ¿verdad?

—No me habría agradado demasiado, en efecto, aunque habría procurado ponerle remedio de alguna manera —respondió Gentle—. Como pienso hacer, desde luego.

—No podrás nada —dijo Lena desanimadamente—. Son demasiado fuertes...

—Eso es algo que todavía está por ver —exclamó el joven—. Bien, voy a marcharme ahora. Espero darte buenas noticias dentro de poco.

—¿Qué proyectos tienes, Rob?

—Todavía no he pensado nada que pueda llamarse un plan de combate, pero no te preocupes, acabaré por encontrar la solución.

—Ten cuidado. Son muy crueles. No se detienen ante nada, cuando se trata de su negocio —advirtió Lena.

—Sí ya me lo imagino, pero procuraré que no me pase nada.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Lena se alarmó.

—¿Quién puede ser? —preguntó él en voz baja.

Lena corrió hacia la puerta, atisbo a través de la mirilla y luego se volvió hacia el joven.

—Es el jefe de vigilantes —susurró—. Anda, corre, escóndete en el barreño yo procuraré deshacerme de él lo antes posible.

Gentle dudó un momento, pero, al fin, acabó por hacer lo que le pedía la muchacha.

El hombre era alto, robusto, de cara cuadrada y mirada dura y poco amistosa. Vestía una especie de uniforme, con camisa de manga corta, color caqui, pantalones algo más oscuros, sombrero

picudo de ala ancha, plana y llevaba un revólver al cinto. En el lado izquierdo del pecho ostentaba una gran placa de metal con la inscripción:

HIGH ANGEL. CHIEF OF SECURITY

Y debajo su nombre, Solly Humbert.

—Hola, Lena —saludó—. He visto un coche en la puerta de tu casa.

—Sí, es un antiguo conocido —respondió ella—. Se enteró de que vivía aquí y vino a visitarme.

—No se ha marchado todavía.

—Está en el baño. No te preocupes, se irá en seguida.

—Lena, ese hombre, ¿ha venido solo a visitarte? —preguntó el sujeto recelosamente.

—Ya te he dicho que es un antiguo amigo...

—Los amigos no suelen venir a High Edén a estas horas tan tempranas, Lena.

—Yo opino precisamente todo lo contrario. Si fuese un cliente, habría venido por la tarde o a la noche, ¿no?

A través de la rendija de la puerta del baño, Gentle pudo apreciar que el jefe de vigilantes no parecía muy convencido de las respuestas de la joven. Humbert, estimó, tenía que ser un tipo duro y despiadado, muy apropiado para vigilar la buena marcha de aquel inmundo negocio.

—Está bien, pero dile que se largue pronto. Y si quiere disfrutar más tiempo de tu compañía, que pague.

—Es un amigo. No tengo por qué pedirle dinero.

—Si se acuesta contigo, tiene que pagar —respondió Humbert crudamente— y ya que hablamos de dinero, ayer tuviste dos clientes de mil dólares cada uno, ¿verdad?

—Estás bien enterado de mis... ingresos, Solly —dijo Lena con ironía.

—Es mi oficio —contestó él, imperturbable—. Bueno, afloja la pasta, guapa, tienes que darme mil ochocientos «pavos».

—¡Qué! —gritó ella—. ¡Pero eso significa que sólo me queda el diez por ciento...! Yo tendría que entregar solamente mil cuatrocientos...

Humbert se encogió de hombros.

—Son órdenes de los jefes —alegó.

—A ti te tendría que emplear el gobierno para recaudador de impuestos —dijo Lena furiosamente.

—No lo haría tan mal, en efecto —rió el hombre—. Vamos, tráeme el dinero..., aunque, la verdad, tampoco me corre mucha prisa. Podemos esperar a que se marche tu amigo y luego, los dos, tú y yo... ¿Eh, has comprendido?

Ella le dirigió una mirada cargada de desprecio.

—A ti no te permitiría que me rozases siquiera una uña —exclamó—. Vomitaría sólo de pensar que puedes besarme.

¡Plaf!

La bofetada estalló seca, chasqueante como un pistoletazo. Lena recibió el golpe en la mejilla izquierda y trastabilló con violencia, hasta chocar contra la pared más cercana.

—A mí no me trates así, zorra —bramó Humbert, lívido de ira—. Soy tan hombre como el que más y dentro de unos momentos, voy a demostrártelo...

—Eso es algo que todavía está por ver, hermano —dijo Gentle, apareciendo repentinamente en la sala.

Humbert se volvió bruscamente al oír la voz del joven.

—Ah, aquí está tu amigo —dijo con acento burlón—. ¿Se le ha perdido algo en este asunto, mocosó?

—No me gustan los cobardes que pegan a las mujeres —respondió el joven fríamente—. Porque usted, a pesar de toda su apariencia, es sólo un cobarde, capaz de asustarse ante un gatito recién nacido. Como le pasaría a cualquier rata, claro.

Humbert se enfureció y avanzó hacia Gentle con los puños crispados.

—Ahora mismo voy a hacerle tragar esas palabras...

El sujeto se interrumpió bruscamente para lanzar un aullido de dolor. Gentle, de forma inesperada y con increíble rapidez, acababa de dispararle un terrible directo a la nariz.

Humbert se tambaleó, con las manos en el maltrecho apéndice. Gentle había golpeado primero en aquel punto, sabiendo que el dolor era intensísimo y obligaba al adversario a disminuir sus defensas.

La sangre brotó entre los dedos de Humbert. Gentle, sin

embargo, no le dio respiro y lanzó dos golpes muy seguidos contra su tórax, que encontró mucho más blando de lo que indicaba la apariencia del sujeto. Humbert retrocedió, con los brazos abiertos, sin caer, pese a todo, pero así dejó la mandíbula al descubierto y el joven no desperdició la ocasión.

El vigilante cayó pesadamente al suelo. Gentle meneó la cabeza.

—Caen mejor, cuanto más altos son —filosofó.

Luego se volvió hacia Lena, que había contemplado la escena, llena de estupefacción y olvidada por completo del golpe recibido.

—Voy a sacar de aquí a este indeseable —anunció—. No creo que vuelva a tocarte, pero si te hiciera algo, llámame de inmediato. Otra cosa: voy a sacarte de aquí, pero quiero hacerlo de una forma que no te perjudique para el futuro. Ten un poco de paciencia y procura comportarte con toda normalidad. ¿Lo has entendido?

—Sí, Rob y no sé cómo darte las gracias...

—Lo hago por Hilda. Y también por otra chica que murió horriblemente —contestó él, ceñudo.

De pronto, se inclinó y agarró por los pies al desvanecido Humbert.

—Abre, por favor.

Lena corrió hacia la puerta. Gentle arrastró el cuerpo del jefe de vigilantes hasta el exterior y lo dejó a un lado. Luego subió a su coche, hizo un gesto con la mano y arrancó en el acto.

CAPÍTULO VIII

Sonó el teléfono. Gentle levantó el auricular y escuchó un momento.

—Muy bien —dijo a poco—. De modo que el señor Ebnell es un auténtico agente de bienes raíces, grandemente considerado en la ciudad y con una reputación a toda prueba... Perfectamente, muchas gracias.

Dejó el teléfono en su sitio y atendió la llamada que le llegaba por el interfono.

—¿Dígame, señorita Orton?

—La señorita Simms está aquí, señor.

—Ah, estupendo. Hágala pasar, se lo ruego.

Verna entró en el despacho instantes después. Miró con atención a su alrededor y luego dirigió al joven una cálida sonrisa.

—No es una tienda de campaña, precisamente —observó.

—Lo exige el negocio —se justificó él—. Personalmente, me conformaría con algo menos, pero el gran jefe quiere esté bien instalado. Debo hacerle caso.

—El gran jefe... Supongo que será el director de la empresa...

—De las empresas, aunque eso importa poco ahora. ¿Qué te trae por aquí, Verna?

—Noticias, Rob.

—¿Las tienes tú o tengo que dártelas yo?

—Lo segundo —sonrió ella—. Hace ya un par de días que no sé nada de ti. Ni siquiera te has dignado llamarme por teléfono —se quejó.

—He estado muy ocupado. Discúlpame, pero, de cuando en cuando, también tengo que atender a los negocios.

—Y, en tus ratos libres, te dedicas a hacer de caballero andante.

—¿Es eso malo?

—Según se mire, Rob.

Gentle frunció el ceño.

—Verna, te recuerdo que tu hermana murió asesinada, después de ser horriblemente apaleada —dijo.

—Si, lo sé... aunque a veces me siento algo desalentada. No sé si conseguiremos destruir esa banda de forajidos sin conciencia...

—Lo conseguiremos —afirmó él.

Verna le miró fijamente.

—Tú tienes dinero, Rob.

—No es malo, supongo.

—Has crecido en un ambiente muy distinto. No conoces la dureza de la vida...

Gentle se puso furioso y enseñó sus manos.

—¡Míralas! —exclamó—. Ahora, las palmas están lisas y suaves, porque me dedico a los negocios, pero hubo un tiempo en que tenía callos casi tan gruesos como los cascos de los caballos. Dices que he crecido en un ambiente muy distinto, supongo que te refieres a tu ambiente. Y así fue, Verna. A los ocho años ya trabajaba con mi padre, como el resto de mis hermanos. Todos trabajábamos en casa, nos levantábamos con el sol y nos acostábamos cuando ya no podíamos tenernos en pie. A los doce años, mi padre consiguió perforar su primer pozo de petróleo, pero ¿crees que eso nos hizo la vida más fácil? Tuve que estudiar y cuando terminaba con los libros, agarraba una herramienta, la que me ponían en estas manos y le daba de firme. Cuando tuve la edad suficiente, conducía camiones, tractores y toda clase de máquinas. Y ello sin dejar de estudiar, ¿me oyes? Sólo dejé el trabajo los años que estuve en la Universidad, adonde me envió mi padre, quien quería que yo obtuviese el título que a él le fue negado, porque había fundado una familia y tenía que darle techo, ropa y comida. Pero cuando estaba en vacaciones, volvió a casa y me ponía a trabajar como una fiera... Y todos mis hermanos y mis hermanas hacían lo mismo, hasta que recibimos la recompensa por nuestros esfuerzos...

Gentle se detuvo un instante para tomar aliento. Luego movió la mano derecha en semicírculo.

—¿Acaso crees que esto nos cayó llovido del cielo? Si no hubiéramos trabajado de firme, ahora seríamos unos destripaterrones, muertos de hambre y con remiendos en el trasero

de los pantalones. Sí, es cierto, crecí en un ambiente muy distinto al tuyo. Seguramente, tus padres no eran ricos, pero tampoco pasaban privaciones y pudieron darte una carrera sin demasiados apuros, ¿no es cierto?

Verna tenía la boca abierta.

—¿Es... es verdad todo lo que has dicho, Rob?

—Si no me crees, ¿para qué contestarte?

—Lo siento. Creo que me fui un poco de la lengua —se disculpó la muchacha—. Siempre te he visto en ambientes lujosos, con dinero en abundancia y eso me hizo pensar...

—Bueno, no te preocupes —sonrió Gentle—. A fin de cuentas, quizá yo necesitaba un poco de desahogo. También estoy nervioso, ¿comprendes?

—Sí, me lo imagino. ¿Qué noticias tienes?

Gentle le contó todo lo que había averiguado. Cuando terminó, ella se sintió estupefacta.

—No me imaginé que fuese un negocio tan enorme —dijo.

—Es un negocio inmundo, pero produce unos beneficios colosales y no pueden perderlos. Por eso recurren a todos los métodos... que es lo que yo pienso hacer también.

—¿Cuál es tu idea, Rob?

—En toda organización, hay siempre un elemento débil. Creo que en nuestro caso es Soapy Ringle, el hombre que me atacó traidoramente. Voy a ver si repito con él la faena que hice a Bohum.

—¿Crees que debes empezar precisamente con Soapy?

—Sí, porque él tuvo la funesta idea de enterrar vivo a Bohum.

Verna se estremeció.

—Debió de padecer una agonía espantosa —murmuró.

—¿Acaso tu hermana murió dulcemente?

Ella bajó la cabeza. Gentle miró su reloj y se puso en pie.

—Vamos —dijo—. Hoy mismo estaremos hablando con ese repugnante individuo. O iré yo solo, si no quieres acompañarme.

—No, no, iré contigo —replicó ella vivamente.

Salieron del despacho. Mientras bajaban en el ascensor, Verna le miró con simpatía.

—Rob, no podía imaginarme que tuvieras hermanos... ¿Sois muchos?

—Ocho en total, cinco chicos y tres chicas. Yo soy el cuarto y el

único soltero. Mis padres viven todavía, por fortuna y ya tienen dieciséis nietos, lo que representa para mí igual número de sobrinos.

—¡Qué horror! —Se espantó la joven—. Una reunión de toda la familia debe de parecer algo así como una convención en tiempo de elecciones.

—Sí, somos un clan bastante numeroso —admitió el de mejor humor—. Pero, sobre todo, unidos y sin fisuras.

—Eso sí que debe de ser admirable —murmuró Verna, muy impresionada.

Cuando salían del ascensor, se tropezaron con un hombre elegantemente vestido.

—Ah, señor Gentle —exclamó Ebnell—. Precisamente venía a verle... Bueno, no a usted en persona, porque tampoco era necesario en un sentido estricto... Simplemente, pensaba dejarle un sobre a su secretaria... Aquí lo tiene.

El joven tomó el sobre que le ofrecía el corredor de fincas.

—¿Qué es esto, señor Ebnell? —preguntó.

—Una descripción del terreno que le indiqué el otro día. Estúdielo con detenimiento, se lo ruego. Y, desde luego, sin ningún compromiso. Si desea más datos, llámeme a mi despacho, el teléfono está indicado en el interior. Buenas tardes, señor Gentle. Señorita...

Ebnell se marchó. Verna se volvió hacia el joven.

—¿Quiere venderte unos terrenos?

—Sí. Es su profesión. Pero lo bueno del caso es que precisamente, esos terrenos están en High Edén.

—Oh —dijo la muchacha.

—De todas formas, no tiene nada que ver con la organización. Lo he hecho investigar y sé que es hombre de intachable reputación. Bueno, ¿salimos de caza?

—¿Cuál es la pieza?

—Soapy Rengle.

Rengle se puso a temblar como un azogado, cuando se vio al borde del pozo, en pie, aunque atado de pies y manos y con una cuerda en tomo a la cintura.

Todavía no acababa de creer en lo que le estaba pasando. Le habían capturado tontamente, descuidado por completo y, antes de

que se diera cuenta, estaba ya en el interior de un coche, atado como un salchichón y viajando velozmente con un rumbo desconocido, pero cuyo final había sabido minutos antes.

Gentle revisó las ligaduras y examinó el cable que iba a parar a la maquinilla de la grúa.

—Bueno, muchacho —dijo—. Ha llegado la hora de que sueltes la lengua. Tú puedes elegir entre hablar o mantener el pico cerrado. Pero si callas, lo harás para siempre, porque acompañarás a Tike, que está allá abajo. ¿Lo recuerdas?

Rengle tenía un miedo espantoso.

—Hablaré... Diré todo lo que sé... Pero no me mate, por el amor de Dios —suplicó abyectamente.

—Ahora pides piedad, cuando no la tuviste con otros... —Gentle apretó los labios, tratando de calmar la furia que le invadía—. Pero conseguir eso depende de ti mismo.

—¿Qué es... lo que desea saber?

—Muchas cosas. En primer lugar, ¿quién mató a Jock Dully?

—Dañe Cochran. Es el «ejecutor» de la organización.

—¿Sabes dónde vive?

—Sí...

—Otra cosa —dijo Gentle—. Esta clase de negocios exige alguna documentación. ¿Sabes dónde puede estar?

—En la caja fuerte... Ignoro la combinación, eso es algo que sólo saben ellos dos —contestó Rengle.

—¿La caja fuerte? —repitió Verna—. ¿Dónde está?

—En el antedespacho... Parece un archivador, pero es una caja fuerte en realidad.

Gentle recordó en aquel momento el enorme mueble metálico que había en la oficina donde trabajaba la mecanógrafa tan poco locuaz. Se le ocurrió una idea, pero decidió estudiarlo a fondo más tarde.

—Sigamos —dijo—. ¿Quién es el jefe?

—No lo sé. Yo siempre trato con ellos —respondió Rengle.

—Pero hay alguien por encima de esa pareja de desalmados.

—Sí, creo que sí, aunque no estoy tan seguro...

—Muy bien ya lo encontraré. Todo lo que se refiere a High Ángel está en esa caja fuerte, ¿verdad?

—Sí, desde luego.

Gentle se volvió hacia la muchacha.

—Ha resultado ser más blando de lo que pensaba —dijo—. De todas formas, con lo que he oído tengo más que suficiente.

—¿Lo vas a soltar? Entonces, se irá a avisar a los otros —se alarmó la Verna.

—No te preocupes. Este miserable va a desaparecer de la escena y no volverá a la ciudad en todos los días de su vida.

—¡Prometió respetarme la vida! —chilló Rengle, asustado.

—Y cumpliré mi palabra —respondió el joven—. Pero no puedo permitir que vuelvas a esta población en todos los días de tu vida.

Unos minutos más tarde, Gentle detuvo el coche junto a una furgoneta comercial, que aguardaba en las inmediaciones de la granja. Ayudado por el otro conductor, trasladó al hampón al compartimento de carga.

—Bien, Mace ya sabes lo que tienes que hacer —dijo el joven, cuando había terminado la operación.

—Descuide, señor Gentle —respondió el conductor.

La furgoneta arrancó instantes más tarde. Verna supuso que Mace debía de ser hombre de confianza de Gentle.

—¿Adónde lo lleva?

—A las inmediaciones de Amarillo, Texas. Lo abandonará en una zona desértica, pero no te preocupes, saldrá de ésta. —Gentle miró al pozo—. Cosa que Bohum no podría decir —agregó.

—Sí, desde luego. ¿Cuál es el siguiente paso, Rob?

Gentle pensó en un asesino profesional. Verna no podía correr riesgos.

—Ya te lo diré otro rato —respondió al fin.

Volvieron al coche. Verna permaneció silenciosa unos momentos. Luego se volvió hacia el joven, que permanecía atento a la conducción.

—Rob, ¿toda la familia Gentle se dedicaba al petróleo? —preguntó.

—Oh, no, por supuesto, aunque debo admitir que la mayor parte de los ingresos proceden de ese maloliente y maldecido líquido, tan codiciado por otra parte. Pero también tenemos un par de ranchos, con unas sesenta mil reses.

—Doscientas cuarenta mil patas —exclamó ella, asustada.

—Oh, no, has calculado mal.

—Sesenta mil reses, a cuatro patas cada una...

—Son ciento veinte mil pares de patas.

Verna lanzó una alegre carcajada.

—Eres muy distinto cuando estás de buen humor. ¿No te gustó la vida de ranchero?

—Te voy a confiar un secreto, Verna, pero no lo digas a nadie, porque sería un descrédito para mí, un hombre nacido en Texas. ¿Me prometes guardar silencio?

—Sí, por supuesto.

—Detesto los caballos. No podría sostenerme en una silla de montar, aunque estuviese puesto sobre los lomos de un caballo de bronce. Pero, en cambio, me gustan mucho los filetes de novillo tierno.

—Algo debería tener el negocio de ganado para que te gustase —comentó ella.

Reclinó la cabeza en el respaldo y miró de reojo al joven, cuyo rostro aparecía tenuemente iluminado en tonos verdosos por la luz del tablero. Un hombre de menos de treinta años, robusto, firme, decidido... El dinero sería lo de menos, se dijo.

Pero aquel hombre había estado enamorado de una mujer muerta escasos minutos antes de su boda y aquel amor no se podía borrar en unos pocos días, pensó, con cierta amargura.

Los sentimientos de Gentle, sin embargo, le parecieron lógicos. Todavía no había podido superar ella el dolor de la muerte de su hermana. Era preciso dejar pasar el tiempo, se resignó.

También se preguntó en qué estaría pensando Gentle en aquellos momentos. El rostro del joven aparecía inexpresivo.

Pero su mente estaba muy ocupada en la próxima entrevista que debía sostener con el hombre que había asesinado al asesino de Hilda.

En aquellos momentos, Dañe Cochran atendía al teléfono, bastante molesto por haber sido despertado en lo mejor de su sueño.

—Cierra el pico y no protestes —dijo el hombre que le había llamado—. Este contrato te va a reportar cinco de los grandes, pero tienes que hacerlo pronto y con el máximo de discreción.

—Está bien. ¿Cuál es el nombre? —preguntó Cochran.

—Robin Gentle.

CAPÍTULO IX

Antes de salir de su casa, Cochran revisó minuciosamente el revólver. Luego colocó el silenciador, enroscándolo en el cañón del arma. Era un «38», de cañón muy corto, pero mortífero a pocos pasos de distancia. Y no pensaba disparar a menos de un metro.

Media hora más tarde, entraba en el edificio donde se hallaban las oficinas de la empresa que dirigía Gentle. Ataviado con normalidad, podía pasar por un empleado distinguido, aunque no ciertamente por un ejecutivo. Nadie se fijó en él, por otra parte, había demasiada gente en aquel espacioso vestíbulo.

Cochran, sin embargo, era muy astuto. Cabía la posibilidad de que alguien lo recordase más tarde, por lo hizo que el ascensorista lo llevase un piso más arriba de su objetivo. Salió al corredor y buscó la escalera.

Las oficinas de Gentle estaban en la planta inferior. Descendió con toda tranquilidad, entró y dijo a la recepcionista que deseaba hablar con el joven.

—Su nombre, señor —rogó la empleada.

—Hickinson. Dígame que me envía un buen amigo suyo, el señor Martín.

—Muy bien, señor, tenga la bondad de aguardar un momento.

Cochran encendió un cigarrillo con toda tranquilidad. Ahora llevaba pegado al labio superior un espeso bigote, cuadrado. Se lo despegaría en cuanto saliese de las oficinas. Ordinariamente, llevaba el pelo muy corto, lo que le facilitaba usar pelucas de distintos colores. La que tenía puesta ahora era de color negro, con el cabello ligeramente rizado y muy brillante. Cuando abandonase aquel edificio, se vería a un hombre joven, con la cara rasurada y el cabello rubio y de un vago estilo militar, a cepillo.

La chica usó el interfono. Al cabo de unos segundos, se volvió hacia el visitante.

—El señor Gentle le recibirá dentro de unos minutos. En estos momentos está muy ocupado con una conferencia. Siéntese, por favor.

—Está bien, muchas gracias.

Cochran tenía un perfecto dominio de sus nervios. Mostrarse inquieto o alterado era algo siempre contraproducente. Hacía que las personas se fijasen más en él. La recepcionista volvió a su trabajo, sin prestarle la menor atención.

Transcurrió un rato. De pronto, se oyó el zumbido del interfono.

—¿Sí? —dijo la empleada—. Muy bien, señor, ahora mismo se lo diré... Señor Hickinson, puede pasar. La secretaria personal del señor Gentle lo atenderá.

—Gracias, señorita.

Cochran se puso en pie y atravesó primero una vasta sala, en donde había un par de docenas de empleados de ambos sexos, trabajando febrilmente. Luego llegó a un antedespacho y se enfrentó con la secretaria personal del joven.

La señorita se levantó en el acto.

—Pase, señor Hickinson —sonrió.

Cochran hizo un gesto con la cabeza. Cuando la secretaria hubo abierto la puerta que había al otro lado, cruzó el umbral.

La voz de Gentle llegó en el acto a sus oídos:

—Sí, me parece muy bien... De todas formas, creo que el precio es un poquito alto... Debería ofrecer un par de puntos menos que la cotización oficial, al menos, podríamos decir luego que habíamos intentado conseguir la rebaja... Sí, eso es, insista y ya me dirá luego cuál es el resultado... ¿Acciones de la Silver Mining? Oh, no, no nos interesan en absoluto, no acepte una sola, ni aunque se la regalen, deben hasta el papel en que han sido impresas esos títulos. Perfectamente. Hasta la próxima, señor Martín...

Los ojos de Cochran se fijaron en el sillón de alto respaldo, en el que se hallaba sentada la víctima, de espaldas a él en aquellos momentos. Estaba hablando por teléfono y sólo podía ver el cable del aparato que, sin duda, tenía Gentle pegado a la oreja.

Era suficiente, se dijo. Aquellos sillones no eran blindados. Sacó el revólver, apuntó con todo cuidado a la parte más alta y apretó el

gatillo cuatro veces seguidas.

Sonrió satisfecho. Los impactos estaban a la altura del corazón, en un espacio que podía cubrirse con la palma de la mano de un niño. Gentle no podía sobrevivir. Tranquilamente, enfundó el revólver, dio media vuelta y tropezó con su víctima.

—Dispense —sonrió Gentle.

Cochran se quedó estupefacto. Durante un segundo, fue incapaz de reaccionar, lo que aprovechó el joven para disparar el puño derecho con demoledores efectos.

A continuación, Gentle se chupó los nudillos y luego fue hacia el interfono:

—Señorita Gorton, no quiero que me molesten hasta que yo avise de nuevo. No me pase tampoco ninguna llamada telefónica. Gracias.

—Entendido, señor.

Gentle cerró el aparato y contempló pensativamente al sujeto que yacía en el suelo sin sentido.

—Creo que vamos a tener una conversación muy interesante cuando se despierte —murmuró.

El chorro de agua fría cayó sobre el rostro de Cochran, quien se agitó con fuerza. Al cabo de unos segundos, abrió los ojos, se tanteó la mandíbula y luego, de golpe, recordando su situación, se sentó en el suelo.

—Póngase cómodo, señor Dickinson —oyó una voz apacible—. Y no tenga prisa por marcharse, todo mi tiempo es para usted.

La voz llegaba desde la mesa de despacho. Cochran estaba sentado de espaldas. Su mente trabajó a toda velocidad. Gentle le había engañado, no cabía duda, había demostrado ser más listo que él, pero aún estaba vivo y no tenía las manos atadas.

—¿Qué quiere saber? —preguntó, sin abandonar su postura.

—Todo —contestó el joven—, todo lo que sepa usted, naturalmente.

—¿Y si me niego a hablar?

—Llamaré a la policía.

—Me acusará de asesinato.

—De intento de asesinato, es lo correcto. Pero, seguramente, compararán los proyectiles de su revólver con los que se encontraron en el cuerpo de Jock Dully. Empiece a imaginarse lo

que sigue después.

Cochran inspiró fuertemente. Con un ligero movimiento del brazo izquierdo, comprobó que todavía tenía el revólver en la funda sobaquera. Aquel imbécil, se dijo, no había sido capaz siquiera de quitarle el arma.

Aún le quedaban dos balas. Una para aturdirlo y la última para su entrecejo, pensó. Pero era preciso seguirle el juego durante unos momentos, a fin de distraerle. Quizá le estaba encañonando con otra pistola...

—¿Cómo consiguió engañarme? —preguntó, después de unos instantes de reflexión.

—El señor Martín no conoce a nadie que se llame Dickinson.

—Usted lo llamó...

—Es que tampoco conozco a ningún Martín, al menos, ninguno de los que viven en esta ciudad. Conozco a uno, a quinientos kilómetros, pero sé positivamente que no se relaciona con nadie llamado como usted.

—Al menos, no me negará que fue un buen pretexto para llegar hasta su despacho.

—Oh, sí, aunque también podía haber dicho que se llamaba Smith y venir de parte del señor Jones.

—Recurrir a nombres tan comunes es siempre sospechoso —alegó Cochran—. Si estaba detrás de mí, ¿quién hablaba por teléfono?

—Nadie. Grabé en una cinta una conversación imaginaria con un agente de bolsa y la puse en el sillón, junto con el auricular, aunque sin haber marcado ningún número telefónico. La grabación no me llevó más allá de dos minutos.

—Un bonito truco —admitió el asesino—. ¿Qué más quiere de mí?

—El nombre de la persona que le ordenó asesinarme.

—No lo sé.

—Vamos, vamos, señor Cochran, ¿a quién trata usted de engañar? Mis informes aseguran que es usted el «ejecutor» oficial de la organización. Ya ve que, incluso, conozco su nombre verdadero.

El asesino se estremeció.

—¿Quién se lo dijo? —inquirió.

—Soapy Rengle.

—Ese maldito chivato... cuando lo encuentre, voy a hacerle picadillo —dijo Cochran rabiosamente.

—Lo dudo mucho. Soapy ha abandonado el país. Vamos, suelte el nombre que quiero conocer.

—¿Qué le hizo a Soapy?

—Eso ya no es cuenta suya. Conteste a mi pregunta, es todo lo que necesito de usted.

—¿Y si me niego?

—Tendría que recurrir a métodos expeditivos.

—Pegarme un tiro, por ejemplo.

—Tal vez.

—Pero eso no le serviría de nada. Una vez yo hubiese muerto, tampoco podría hablar. Además, se vería metido en un buen lío. ¿Cómo justificar mi cadáver en su despacho?

—Deje esas preocupaciones para mí. Ahora piense en la respuesta...

—¿Qué clase de arma es su preferida, Gentle?

—Cualquiera que pueda enviar una bala al cráneo de un sujeto de su clase —contestó el joven, impasible.

—¿Puedo verla?

—¡No se mueva! —ordenó Gentle secamente.

Cochran apretó las mandíbulas. Había llegado la hora de tomar una decisión. Aunque el otro empuñase una pistola, él era más rápido y tenía mejor puntería.

—Le diré una cosa —manifestó—. Sé el nombre, pero imagino que es ficticio. Sólo he hablado con él por teléfono y nunca le he llamado. Siempre me dijo que su nombre era Harry H. Edén.

—Un bonito seudónimo, en efecto —comentó el joven—. Harry High Edén. ¿Le suena ese lugar?

—Sí, he estado allí en alguna ocasión.

—Como cliente, por supuesto.

—Hay buen «ganado» —rió Cochran.

—Y su oficio, claro, le permite esos dispendios.

—Son chicas muy finas, de verdadera clase, no como esas zarrapastrosas que pululan por la calle.

—Comprendo. ¿Por qué mató a Dully? ¿Temía que se fuese de la lengua?

—Le confesaré la verdad. Soy un hombre muy sensible y no me

atraía la idea de matar a una mujer en el mismo día de su boda. Por eso se lo pedí a Dully y le prometí dos mil «pavos». Claro que le di antes mil...

Gentle sintió que el pecho le hervía de ira. Allí tenía a aquel miserable, hablando de la muerte de Hilda con todo cinismo... Procuró contener las ganas que le daban de saltar a su cuello y estrangularlo con sus propias manos.

—En resumen —dijo, serenando la voz—. Dully le conocía y usted sabía que aquel crimen levantaría mucha polvareda. Lo mejor era quitarlo de en medio, ¿verdad?

—No estuvo mal pensado, creo —respondió Cochran desvergonzadamente.

Y, de repente, se tiró a un lado, rodando por el suelo, a la vez que sacaba el revólver.

Mientras se movía, esperó oír los disparos del arma de Gentle, pero no sonó ningún estampido. Después de un par de vueltas, se puso de rodillas y apuntó con el revólver al hombre que estaba sentado en el sillón, de alto respaldo.

Durante una fracción de segundo, se dio cuenta de que Gentle no tenía ningún arma en las manos. Ello le hizo sospechar la existencia de alguna trampa, pero su índice obedecía ya las órdenes emanadas del cerebro y se movió dos veces con tremenda velocidad.

Delante de sus ojos brilló un terrible fogonazo, a la vez que se escuchaban dos raras detonaciones, muy seguidas. Cochran percibió un intensísimo calor en el rostro y aquello fue lo último que sintió.

El teniente Blakeney contempló durante unos segundos el destrozado rostro de Cochran y luego examinó el revólver caído en el suelo, cuyos desperfectos saltaban a la vista.

—El cañón debía de estar obstruido —dijo—. Por eso reventó al apretar el gatillo.

—Sí, debía de ser un tipo bastante descuidado —contestó Gentle con aire natural—. Estuvimos hablando durante un rato y luego, de repente, sacó el arma y disparó contra mí. Dos veces, creo.

Blakeney meneó la cabeza.

—Debió de tirar muy rápido. La segunda bala explotó antes de medio segundo y ello aumentó todavía más los efectos destructores del estallido. Pero ¡qué curioso!, en el tambor quedan todavía

cuatro cápsulas vacías.

—Probablemente, las consumió con otro tipo —dijo el joven con indiferencia.

Su impermeable estaba echado encima del respaldo del sillón, con lo que así ocultaba los cuatro agujeros que habían hecho los primeros disparos de Cochran. Gentle no quería que el policía supiese que había preparado una trampa mortífera al asesino.

Blakeney le miró recelosamente.

—Esa clase de tipos no suelen ser tan descuidados —observó.

Gentle se encogió de hombros.

—Hasta el más listo comete algún día un error —repuso.

Dos sanitarios entraron y se llevaron el cadáver. La cara de Cochran ofrecía un aspecto horripilante.

—¿Sabe por qué quiso matarle? —preguntó Blakeney.

—Tal vez alguien pensó que mi prometida me había dicho algo antes de la boda, teniente.

—¿Y no fue así?

Gentle hizo un gesto negativo. Blakeney suspiró.

—Está bien —dijo—. De todas formas, si... recuerda algo, no deje de comunicármelo.

—Descuide, así lo haré.

—Y no trate de desempeñar el papel de hombre justiciero. Eso es cosa nuestra, señor Gentle.

—Lo tendré en cuenta, teniente.

Blakeney se dispuso a marcharse. De pronto, pareció recordar algo.

—Señor Gentle, ¿de qué hablaron usted y el difunto?

—Oh, asuntos de negocios... Parecía muy interesado en venderme unos terrenos... Era un hombre verdaderamente pegajoso yo, negándome continuamente y el, insistiendo sin cesar... Luego, de pronto, sacó el revólver...

—Esa historia no se la creerla un niño de pecho —se despidió el policía suavemente.

Gentle se quedó solo unos momentos, con la vista fija en la manta que cubría la sangre derramada sobre la moqueta del pavimento. Se preguntó si habría hecho bien en tomarse la venganza por su mano.

¿Acaso no había venido Gentle a asesinarle?

Alguien, asomándose tímidamente a la puerta, cortó de golpe sus reflexiones.

—¿Puedo pasar, Rob? —consultó Verna.

CAPÍTULO X

Gentle llenó dos tazas y entregó una a la muchacha.

—Has oído algo por la radio, supongo.

—Tenía conectada la del coche. Me llevé un susto terrible — confesó Verna.

—Vino a matarme. Alguien se lo encargó.

—Nayland, quizá. O la señora Arnold.

—O los dos al mismo tiempo, pero, en todo caso, siguiendo órdenes del jefe.

—Sigues pensando en que hay un jefe.

—Tiene que haberlo. En cierto modo, Nayland y Syra actúan a cara descubierta. Son los que pagarían la factura, si sucediese algo grave, pero están preparados para ello.

—Deben de ganar mucho dinero para afrontar un riesgo semejante —apuntó la muchacha.

—Sobre eso, no hay duda posible. Ahora bien, yo pienso que tal vez empiecen a sentir un poco de miedo.

—¿Por qué?

—El asunto se les está escapando de las manos. Ellos dirigen una red de prostitución y, si se encontrasen pruebas de su actividad, podrían sufrir graves perjuicios. Pero nunca recibirían tanto daño como si se mezclasen en casos de asesinato y eso, por desgracia ya ha sucedido.

—Sin duda, cuando entraron en el negocio, no contaban con que habría víctimas —dijo Verna.

—Eso es, pero en esta clase de asuntos, tarde o temprano, hay derramamiento de sangre. Es una historia sórdida, repugnante... pero la vida es así y no tenemos por qué volver el rostro a hechos que no nos gustan. Debemos afrontarlos y tratar de solucionarlos de

la mejor manera posible. Verna contempló unos instantes la manta que ocultaba las manchas de sangre.

—Me pregunto cómo pudo estallarle la pistola a un profesional —murmuró.

—Quizá cometió un error... o la munición estaba defectuosa.

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—Rob yo no tengo mucha experiencia, pero me imagino que un asesino profesional debe de cuidar mucho sus armas. Es inconcebible que a Cochran le explotase el revólver en sus propias manos.

—En sus narices —corrigió él.

—Lo mismo da. Cochran estuvo casi media hora contigo. ¿Qué le hiciste en el revólver?

—Ah, ¿crees que se lo quité y luego volví a ponérselo en su funda?

—Algún truco empleaste, supongo.

Hubo un instante de silencio. Luego, Gentle fue hacia el sillón, quitó el impermeable y le enseñó los cuatro agujeros de las balas, que habían salido después de atravesar el respaldo.

Verna sintió un escalofrío.

—Te disparó cuatro veces.

—Exacto. Pero yo me sospechaba algo y estaba detrás de la puerta, así que, cuando se volvió, le aticé un directo al mentón y lo dejé sin sentido.

—Y entonces, aprovechaste para manipular en el cañón del arma.

—Con papel mojado y mascado y bien apretado.

—¿Por qué, Rob?

—¿No te lo imaginas?

—Querías vengarte...

—Entre otras cosas, pero también quería seguridad para futuras víctimas. Cochran era un asesino profesional. Mataba por dinero. No era un hombre que hubiese matado a una persona en un arranque de ira, por ejemplo. Le daban un nombre, recibía una cantidad y mataba a alguien a quien no conocía, como le sucedió conmigo. Esa clase de individuos están mejor bajo seis pies de tierra y no me reproches lo que he hecho, porque no lo permitiré —dijo el joven acaloradamente—. Incluso, aunque no hubiese deseo de

venganza en mí, he evitado, insisto, las muertes de otras personas —concluyó.

Verna bajó la cabeza.

—Es posible que tengas razón —murmuró.

—Legal, puede que no, pero no me arrepiento en absoluto de lo que he hecho. Lo habría hecho igual, aunque Hilda estuviese viva.

—Rob, creo que estás un poco alterado. Será mejor que dejemos esta discusión para mejor momento. ¿Cuáles son tus planes inmediatos?

Gentle sonrió.

—Voy a ver si conquisto a una mujer —respondió.

—¿Yo?

—No sabes lo que yo quiero averiguar.

—Y ¿qué es lo que quieres averiguar?

—Eres demasiado curiosa. Ya lo sabrás en su momento. Ahora, por favor, si me disculpas... De lo contrario, se me hará demasiado tarde, Verna. Ya te llamaré en otro momento.

Gentle salió casi a la carrera del despacho y Verna se quedó sola, preguntándole quién era la mujer a la que el joven pretendía conquistar.

—Si lo que dice es cierto, muy pronto ha olvidado a Hilda —murmuró, para sí, bastante disgustada por lo que le parecía una actitud inconsecuente.

Gentle detuvo el automóvil en las inmediaciones de la parada del autobús y agitó ligeramente una mano. Ruth Mee volvió la cabeza.

—¿Quieres ahorrarte el billete? —sonrió.

Ruth sonrió también y avanzó hacia el coche. Gentle abrió la portezuela de la derecha.

—Indícame tu dirección y te llevaré con mucho gusto —dijo él.

—Spondeley, ochocientos treinta y cuatro —respondió la joven.

—Pero antes, imagino, podríamos tomar una copa en alguna parte.

—¿Por ejemplo...?

—Un lugar discreto.

—Tu apartamento.

—¿Por qué no?

—No soy una chica fácil, te lo advierto.

—No se me ocurriría dudar de ti un solo instante. Sólo quiero invitarte a una copa. Y luego charlaremos un rato.

—Muy bien, vamos a tu casa.

Ruth se quitó el chicle de la boca y lo tiró por la ventanilla. Sacó un pulverizador y se lanzó un par de chorros de perfume a la garganta.

—¿No fumas? —preguntó él.

—Me hace toser. No puedo soportar el tabaco.

Gentle miró de reojo a su acompañante. Ruth no era guapa precisamente, pero tenía una silueta muy atractiva. Sin embargo, se veía a una mujer un tanto gastada, escéptica, de vuelta de todo y sin ilusiones de futuro.

—¿Casada?

—Mi esposo me plantó a los dos años de casados. No le he vuelto a ver. Ni ganas, claro.

—Entonces, estás decepcionada de los hombres.

—Al menos, de uno.

—Sí, suele suceder. Lo siento, Ruth.

—Bah, no te preocupes, eso pasó hace ya un millón de años.

—Eres muy atractiva. ¿No te han propuesto matrimonio en alguna ocasión?

—No les hice caso, eso es todo.

—Algún día encontrarás a un hombre que valga la pena, te lo aseguro.

—Sí, quizá...

La conversación siguió en estos términos, hasta que llegaron al apartamento de Gentle. Ruth contempló la decoración unos momentos y luego lanzó un silbido de admiración.

—Vives bien —comentó.

—Puedo permitírmelo —respondió él—. ¿Qué te apetece beber?

Ella le miró de una forma especial. De pronto, dijo:

—Rob, tú no me has traído aquí para invitarme a un trago y ver si puedes conquistarme. Tú quieres algo más y a mí me gustaría saberlo. ¿Entendido?

Gentle puso *whisky* y hielo en dos vasos y entregó uno a la joven.

—Lo has acertado —contestó, después de la pausa—. Y voy a ser sincero contigo. ¿Recuerdas el día en que estuve a visitar a Nayland

y a la señora Arnold?

—Fue una visita muy larga. Yo me marché y tú no habías salido todavía.

—Me atacaron y querían llevarme fuera de la ciudad, para asesinarme.

—Oye, no estarás contándome una historia de miedo —rió ella—. Mis jefes son personas honorables...

Gentle cerró los ojos un instante. Allí tenía a una mujer que parecía poseer una gran experiencia de la vida y no estaba enterada en absoluto de lo que sucedía.

—En apariencia, sí, son honrados —contestó—. Pero las apariencias engañan. Ruth.

La joven se sentó en un butacón y cruzó las piernas.

—A ver, habla —pidió.

—En primer lugar, ¿cuánto ganas en tu empleo?

—Una miseria: ciento veinte semanales. A veces, paso apuros...

—Yo podría darte un empleo mucho mejor pagado. Aparte de una recompensa inmediata de... pongamos cinco mil dólares. ¿Qué te parece?

Ruth entrecerró los ojos.

—¿Qué es lo que tengo que hacer, Rob?

—Voy a hablarte crudamente y no tengo miedo de que lo repitas, porque, después de que conozcas la verdad, tú misma comprenderás la necesidad de mantener la boca cerrada.

—Oye, estoy empezando a sentir miedo...

—Es para sentir miedo. ¿Ya no recuerdas la forma en que murió mi prometido, el mismo día de su boda?

—Sí, lo leí en los periódicos. Pero eso, ¿qué tiene que ver con mis jefes?

Gentle tomó un sorbo y luego se sentó frente a su invitada.

—Escúchame, Ruth...

Cuando terminó de hablar, ella tenía unos ojos como platos.

—Dios, nunca pude imaginar una cosa así. ¡He estado trabajando para unos asesinos! —chilló repentinamente.

—Y seguirás trabajando y haciendo vida normal, hasta que yo haya terminado con ellos. Entonces, pasarás a mi empresa con un sueldo de ochocientos mensuales, para empezar.

—No está mal —sonrió Ruth—. Pero antes hablaste de un...

«extra».

—Te daré el cheque ahora mismo.

Gentle fue a un escritorio, se sentó y rellenó el cheque. Luego volvió a sentarse frente a Ruth.

—¿Cuál es la combinación de la caja fuerte donde están los archivos de la compañía? —preguntó sin más preámbulos.

—Lo ignoro —contestó ella.

—¿Puedes averiguarlo?

—Creo que sí.

—Eres una empleada..., ¿y no te dejan examinar nunca los archivos?

—Nunca. Hay un fichero con otros documentos, pero, me parece, no tienen relación alguna con High Edén. En el archivador que es una caja fuerte no he actuado yo jamás para nada. Cuando ellos necesitan un documento o tienen que guardarlo, hacen funcionar la clave y abren la caja.

—Sin mandarte a otra parte, supongo.

—No, ni se preocupan de mí en esos momentos.

—Entonces, crees que podrás conseguir esa clave.

—Procuraré fijarme, aunque no será cuestión de un día...

—Tómate todo el tiempo que necesites. Lo importante es que salga bien. Y cuida tu seguridad, aunque lo consideres una fantasía, si sospecharan algo, te cortarían el cuello sin pensárselo dos veces.

—No me descuidaré un solo instante, te lo prometo. Gentle le entregó el cheque.

—No hagas compras extraordinarias, no hagas ostentación de dinero. Podrían recelar algo.

—Entiendo.

Ruth se puso en pie y empezó a desabotonarse la blusa. —Eh, ¿qué haces?— exclamó Gentle.

Ella le miró maliciosamente.

—De vez en cuando, una necesita un poco de expansión —contestó— y supongo que a ti te pasará lo mismo, ¿no?

La blusa y la falda cayeron al suelo. Ruth quedó solo con las prendas menores, el portaligas y las medias.

—¿Dónde termino la operación? —preguntó.

Gentle suspiró y sonrió.

—Ven, sígueme —respondió.

—Con mucho gusto —dijo Ruth.

CAPÍTULO XI

Estaba examinando unos documentos, cuando llamaron a la puerta. Gentle suspendió su labor por unos momentos y se levantó para abrir.

Era Verna.

—¿Molesto? —preguntó la muchacha.

—En absoluto. Pasa, por favor.

Verna cruzó el umbral. Sobre el escritorio que había en la sala, un mueble antiguo, pero sumamente decorativo, vio unos papeles extendidos.

—Por lo visto, te traes trabajo a casa —observó.

—No. Estaba examinando los folletos que me dio Ebnell el otro día, cuando salíamos de mi oficina. No me había acordado hasta ahora y se me ocurrió ver qué hay de interesante en High Edén.

—Hay muchas cosas interesantes, pero pocas buenas, Rob.

—Sí, lo sé de sobra. El caso es que...

Gentle se interrumpió de pronto. Ella le miró inquisitivamente.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—No sé cómo responder. He visto algo en esos folletos y en el plano del barrio que no acaba de parecerme bien del todo, pero no alcanzo a comprender de qué se trata.

—Ebnell es un hombre honesto, según te informó tu agencia —dijo ella.

—Sí, pero... En fin, discúlpame, no te he ofrecido nada de beber. ¿Te apetece algo?

—Noticias, Rob. He estado casi una semana sin saber de ti.

—Lo siento, no tenía nada importante que comunicarte.

—Todo está tranquilo, ¿eh?

—Sí, aunque me parece que es la calma que precede a la

tempestad...

El teléfono sonó en aquel momento. Gentle lo levantó, escuchó unos momentos, escribió algo sobre una hoja de papel y terminó dando las gracias a la persona que le había llamado, aunque sin pronunciar ningún nombre. Después, sonriendo radiantemente, se volvió hacia la muchacha.

—Verna, ¿te gustaría hacer por una vez el papel de ayudante de un ladrón de cajas fuertes?

Ella respingó.

—¿Adónde piensas ir a robar? —preguntó.

—Pienso que conocer los múltiples secretos de la General Supplies & Service

resultaría muy interesante —contestó él.

—Creo que te entiendo. ¿Cuándo, Rob?

Gentle consultó el reloj.

—Voy a preparar algo de cena. Tenemos toda la noche de tiempo, pero no conviene actuar con el estómago vacío —dijo.

—¡Vaya! —se asombró Verna—. Yo creí que tendrías cocinera, ama de llaves...

—Pues no, encanto. Pese a todo, soy un hombre modesto y aunque me gusta vivir bien, me conformo con una mujer que viene todos los días a arreglar el apartamento. Pero muchas noches salgo a cenar a algún restaurante, aunque hoy...

—Deja yo me ocuparé de la cocina —sonrió ella—. Tú vuelve a los folletos de High Edén, a ver si encuentras eso que tanto te preocupa.

—Me gustaría encontrarlo, en efecto —convino Gentle.

Pisando en silencio, casi en la oscuridad, llegaron al rellano superior. Gentle abrió sin dificultad la puerta que daba al antespacho.

—¿De dónde has sacado esa llave? —se extrañó Verna.

—Me la dio Ruth Meeham. Bueno, una copia, pero es que ella tiene una, porque, generalmente, viene la primera a trabajar. Ruth es la empleada de la

G. S. & S.,

¿comprendes?

—Has conseguido que se pase a tu bando, supongo.

—No resultó demasiado difícil.

—Me gustaría saber los métodos que usaste para...

—No intentes averiguar nada. Podrías escandalizarte.

—¿Te consideras un conquistador?

—Psé... Lo normal. Pero vamos adentro de una vez. Cierra con cuidado y no hagas el menor ruido.

—A estas horas no hay nadie en mil metros a la redonda.

—No te fíes.

Gentle terminó de entrar y encendió una linterna que había llevado consigo. Enfocó el archivador y estudió durante unos momentos la rueda de la combinación.

Momentos después, abrió las dos puertas del mueble. Sonrió satisfecho al ver las pilas de documentos y algunos libros que se veían en los diversos estantes.

En otro estante, encontró varios gruesos fajos de billetes, de los que se apoderó sin el menor escrúpulo.

—¿Piensas llevarte también el dinero? —se indignó ella.

—Claro. Es dinero ilegítimo. Se lo daremos a quien realmente le corresponde.

—Pero no sabes qué personas...

—Cuarenta esclavas de High Edén.

Verna apretó los labios.

—Sí, comprendo.

—Bien, abre el primer saco. Vamos a ver si terminamos la operación cuanto antes.

Gentle había prevenido un par de sacos de buen tamaño y en pocos minutos traspasó todo el contenido de la caja fuerte. Al terminar, volvió a dejarla en su estado normal y procuró limpiar sus huellas con un pañuelo.

—Ya podemos marcharnos —dijo.

Momentos después, estaban en el coche. Verna miró la hora.

—Son las tres de la madrugada —dijo.

—Un momento muy apropiado para tomar una copa de champaña y celebrar el buen éxito de la operación.

—¿Y después?

—Pondré en marcha la primera parte de la ofensiva. —Hay segunda parte. ¿Cuál es?

—Operación «Éxodo». Ya lo verás en su momento. Antes tengo que enviar unas cuantas circulares con instrucciones.

—¿Hay tercera parte?

—Sí, aunque creo que será la más difícil.

—¿En qué consiste, Rob?

—En la identificación del jefe —contestó él.

Mascando chiclé, como era su costumbre, Ruth tecleaba a la máquina, cuando vio salir a la señora Arnold. Syra se acercó al archivador, hizo girar la rueda de la combinación y luego tiró de la manija.

Abrió las dos puertas de golpe. Inmediatamente, creyó que perdía el sentido.

Ruth la observaba de reojo. Syra vaciló un momento y luego, tras cerrar el archivador, se encaminó de nuevo a su despacho.

—¿Se encuentra mal, señora Arnold? —preguntó Syra—. No..., ha sido un ligero mareo... No se preocupe, Ruth. Syra desapareció detrás de la puerta de su despacho. Ruth meditó un instante y luego, poniéndose en pie, accionó la tecla del interfono. A continuación, fue al botellón de agua y llenó un vaso de papel.

Tocó con los nudillos en la puerta del despacho y abrió.

—Perdonen —dijo—. Traigo un poco de agua para la señora Arnold... Me pareció que se encontraba indispuesta... Traigo también un par de aspirinas...

Syra, horriblemente pálida, estaba sentada en el sillón de la mesa de despacho. Nayland se hallaba a su lado, no menos demudado.

Ruth se acercó a la mujer y le ofreció el vaso de agua y las tabletas. Mientras simulaba ayudarla, tocó disimuladamente la tecla del otro interfono.

—Se repondrá muy pronto, señora —sonrió—. Quizá son las molestias típicas femeninas...

—Sí, eso creo que es —contestó Syra con voz desfalleciente.

Ruth se retiró. Cerró la puerta y corrió a su mesa. La voz de Nayland llegó inmediatamente a sus oídos.

—Pero eso es imposible... Nadie ha podido tocar la caja... Sólo tú y yo conocíamos la combinación...

—Te digo que está completamente vacía. Incluso se han llevado el dinero... ¡Más de cien mil dólares, Steve! —gimió Syra.

—Eso es obra de Gentle, no cabe la menor duda —dijo Nayland rabiosamente.

—¿El? Imposible...

—Tiene dinero. Habrá contratado a algún experto...

Syra se irguió de pronto.

—Steve, tenemos que decírselo a él —exclamó, aterrada.

Nayland soltó una espantosa maldición.

—Nos matará, cuando se entere —dijo.

—Pero, sobre todo, querrá saber cómo alguien pudo abrir la caja tan fácilmente. Steve, ¿tú no...? —dijo Syra insidiosamente.

—¿Estás loca? —aulló el sujeto—. ¿A quién diablos se lo iba a decir?

—Tal vez no se lo has dicho a nadie, pero las cosas están empezando a torcerse, por culpa de ese maldito Gentle y quizá pensaste en que deberías levantar el vuelo, con las espaldas bien cubiertas.

—En tal caso, ¿habría venido aquí esta mañana? —protestó Nayland.

—Bueno, sería una bonita manera de cubrir las apariencias, mientras encuentras la forma de largarte sin ruido y sin que nadie sepa adonde te has marchado. Yo recuerdo que más de una vez dijiste que un día te largarías con todo el «paquete» ...

—No seas estúpida yo no lo he hecho.

—Cuando hablemos con el jefe, tendré que contárselo todo. Comprenderás que no voy a cargar con las culpas de algo que no he hecho.

La voz, relativamente tranquila y un tanto punzante de Syra, se tornó de súbito en un animal aullido de pánico.

—¡No, no lo hagas! Deja esa maldita pistol...

A través del infierno, Ruth, aterrada, oyó dos disparos en rápida sucesión. La joven no quiso aguardar a más y, sin recobrar siquiera su bolso, salió disparada hacia la calle.

Tenía que buscar protección, se dijo y para ello, nadie mejor que Robín Gentle.

Ruth estaba realmente espantada y Gentle tuvo que hacerle beber un par de buenos tragos antes de que se recuperase un tanto.

—Ha sido horrible... Nayland disparó dos veces contra la señora Arnold. Yo oí las detonaciones... Ella chillaba como una rata herida... Nayland sabía que yo estaba en el antedespacho y pensé que quizá querría matarme a mí, para eliminar a un testigo. Por eso

me escapé...

—Has hecho bien —aprobó el joven—. Conmigo estarás segura, no temas. Pero, dime, ¿has avisado a la policía?

Ruth hizo un gesto negativo.

—No. Salí corriendo... Tomé un taxi, sólo quería escapar de allí cuanto antes...

—Bueno, no te preocupes yo me pondré en contacto ahora mismo con el teniente Blakeney y lo arreglaremos todo.

En aquel momento, entró Verna.

—¡Rob! He oído por la radio la noticia de la muerte de la señora Arnold —exclamó.

Gentle levantó una ceja.

—Sí que se dan prisa esos reporteros de la radio —comentó.

—Parece que alguien oyó disparos en la oficina de la G. S. & S.

y subió a ver qué ocurría. Entonces, se encontró muerta a la señora Arnold. Nayland había desaparecido y también la secretaria...

—Está aquí —dijo el joven—. Ruth, te presento a la señorita Simms. Verna, ella es Ruth Meeham.

—Oh —exclamó Verna—. Es la que te dio la llave...

—Si, pero no lo repitas a nadie. Ella estaba presente cuando Nayland disparó contra Syra y huyó porque temía ser también asesinada. Lo había oído todo, ¿comprendes?

Gentle explicó rápidamente lo que le había contado Ruth. Verna miró con simpatía a la afligida secretaria.

—Pobrecilla —dijo—. Ha debido de pasar un miedo espantoso... ¿Puedo ayudarte en algo, Rob?

—Trata de confortarla yo voy a ocuparme de hablar con la policía —respondió él—. Supongo que el teniente Blakeney querrá interrogar a Ruth y me gustaría estar presente.

—Comprendo. —Verna se sentó frente a la otra joven—. No se aflija, muchacha, pronto habrá pasado todo... para todos.

Ruth hizo un gesto de asentimiento y trató de sonreír. Luego hizo una inesperada pregunta:

—¿Es usted la novia del señor Gentle? —preguntó.

Verna respingó. Al cabo de unos momentos, dijo:

—El señor Gentle estaba enamorado de otra mujer y dudo mucho de que pueda olvidarla jamás.

Gentle había colgado ya el teléfono y oyó las últimas palabras de la muchacha, pero no hizo el menor comentario.

—Blakeney está avisado y vendrá en seguida —anunció—. Ahora daré instrucciones a Ruth para que sepa lo que tiene que declarar. Hay cosas que Blakeney debe ignorar por el momento.

—¿Lo crees conveniente? —inquirió Verna.

—Sí, porque las circulares que te dije iba a enviar, habrán llegado ya a su destino y mañana, a las doce en punto del mediodía, podré comprobar sus efectos —contestó el joven enigmáticamente.

—Podré ir contigo, supongo —sugirió Verna.

—Nuca me perdonaría no haberte llevado a la reunión —dijo Gentle, sonriendo.

CAPÍTULO XII

Delante de la casa de Lena Balney había una pequeña explanada, suficiente, sin embargo, para lo que deseaba Gentle. Poco antes de las doce, empezaron a acudir mujeres a aquel lugar, todas ellas jóvenes y hermosas. Las había de todas clases: altas, bajas, rubias, morenas, pelirrojas, algunas de color, pero el denominador común se reducía a dos aspectos fundamentales: juventud y belleza.

A las doce en punto, Gentle, flanqueado por Verna y Lena, apareció en el umbral de la puerta. El joven tenía en la mano un altavoz eléctrico. Verna llevaba un bolso de lona, de aspecto vulgar.

—Muchachas —gritó el joven a través del altavoz—, supongo que están aquí todas las que viven en High Ángel y supongo también que se estarán preguntando quién es el hombre que las citó para hoy, a esta hora, delante de la casa de la señora Balney. Pues bien, aquí estoy yo soy ese hombre, el mismo que les anunciaba en la carta iba a solucionar su futuro.

—Yo no quiero hacerles preguntas sobre su vida privada ni tampoco sobre los motivos que les trajeron a este lugar, a desempeñar un oficio que no es preciso mencionar. Pero sí sé y ustedes mejor que yo, que ahora no pueden abandonar la organización, aunque quisieran..., aunque algunas quisieran volver al buen camino y otras desearan seguir, pero independientemente, sin tener que dar cuenta a nadie de sus actos. ¿Me equivoco, señora?

Una espléndida rubia se adelantó y le miró fijamente.

—Laurie Simms murió porque quiso marcharse de High Ángel. Algunas de nosotras hemos sido apaleadas yo una de ellas. No podemos marcharnos de este infernal lugar...

—No se van, porque no quieren —dijo Gentle—. Diablos, ¿acaso

cuesta tanto comprar un billete de autobús y desaparecer sin decir nada a nadie? ¿Qué les pasa, chicas? ¿Son ovejitas asustadas por el pastor y sus perros? Todas ustedes tienen algunos dólares en el bolsillo. ¿Es que a ninguna se le ocurrió la solución de irse a medianoche, a mil millas de aquí?

Hubo un instante de desconcierto entre las inquilinas de High Edén. Gentle levantó una mano para pedir silencio y continuó:

—Ustedes son unas cuarenta. Muy bien, hasta ahora, han sido vergonzosamente explotadas, sujetas a la más horrenda esclavitud. Yo las voy a ayudar a que se liberen de esa repugnante sujeción. Ahora mismo, a cada una de ustedes, le daré dos mil quinientos dólares, con la condición de que hagan el equipaje inmediatamente y se marchen de High Edén antes de una hora. ¿Están de acuerdo, chicas?

Un enorme griterío se levantó en el acto. Cuarenta pares de manos aplaudieron entusiásticamente.

De repente, se oyó una detonación.

Solly Humbert, seguido por media docena de hombres uniformados y armados, avanzó hacia Gentle.

—En cambio yo no estoy de acuerdo —dijo hoscamente—. Estas chicas tienen un contrato vigente y deben cumplirlo. Nosotros nos encargaremos de que sea así.

Gentle no se inmutó. Su mirada se paseó por los rostros de los vigilantes del barrio.

«Rufianes y matones», pensó.

—Por la fuerza, si es preciso —dijo.

—Por la fuerza —corroboró Humbert, con los pulgares en el cinturón.

El joven sonrió. Luego, de pronto, se metió dos dedos en la boca y lanzó un penetrante silbido.

Unos segundos más tarde, ocho o diez hombres, todos ellos armados con rifles y revólveres, aparecieron por la parte posterior de la casa, situándose a ambos lados de Gentle.

—Bien, Solly —dijo—. Si tiene ganas de gresca, empiece.

Humbert se puso lívido. La mayoría de aquellos hombres, todos jóvenes y resueltos, vestían ropas vaqueras y llevaban sombreros de ala ancha. Gentle se volvió hacia la muchacha.

—Verna, te presento a mis hermanos Bill, George, Jack y Edsel.

Aquel del extremo de la fila es Pete Horne, capataz del rancho de Jack. El otro es... Pero ya te lo presentaré luego y seguiremos hablando. Por cierto, Solly —se dirigió al jefe de vigilantes—, mi hermano Edsel es subcampeón de tiro de Amarillo, Texas y este año espera conseguir el primer puesto. Edsel, ¿quieres hacerle una demostración a este caballero?

—Con mucho gusto, Rob —contestó el interpelado.

Tenía en la mano una lata de cerveza y la tiró al aire. Inmediatamente, desenfundó el revólver.

La lata rebotó tres veces en el aire, después de otros tantos disparos. La cerveza se dispersó en chorros de espuma, en medio de los aplausos y vítores de las mujeres.

—Solly, ordene a sus hombres que tiren las armas —dijo el joven—. Usted y los demás vigilantes, se quedarán aquí, hasta que ellas hayan recibido su dinero y hagan el equipaje. No intentarán resistirse, ¿verdad?

Humbert se sentía abrumado. En modo alguno podía oponerse a aquellos rudos tejanos, se dijo.

Verna se sentía pasmada. Gentle se volvió y sonrió.

—Ya te dije que era preciso contar con el clan de los Gentle. Nunca dejamos de ayudarnos cuando lo necesitamos de verdad.

—Es increíble. Nunca imaginé...

—Todavía tienes que conocer más detalles de la familia. Bueno, ¿empezamos el reparto?

Media hora más tarde, la explanada estaba casi desierta. Sólo quedaban Humbert y sus hombres, todos desarmados y llenos de abatimiento.

De pronto, Gentle divisó a un hombre que estaba a unos cien pasos de distancia, contemplando el espectáculo, junto a su coche. El individuo se metió de pronto en el automóvil y desapareció del lugar a gran velocidad.

Al terminar. Gentle se encaró con Lena.

—En cierto modo, Hilda murió por tu culpa, tero no te lo reprocho —dijo—. Ahora yo debería decir que nunca debiste emprender esta vida, pero cada persona tiene un destino trazado y sólo ella puede alterarlo o dejar que siga su curso, resignándose a vivir sin lucha. Puedes hacer lo que quieras, pero me gustaría que te marchases de la ciudad para siempre. No querría volver a verte

nunca más, Lena, compréndelo.

Verna oyó aquellas palabras y sintió una viva compasión por la joven. Pero, se dijo, su hermana, a fin de cuentas, también se había encontrado en la misma situación. Tal vez Rob era cruel con Lena, aunque no se podía dudar de que había una gran dosis de razón en sus acusaciones.

Lena bajó y desapareció en el interior de la casa. Gentle suspiró y agarró la mano de la muchacha.

—Verna, ven —sonrió—. Quiero que conozcas al clan Gentle, a algunos de sus más fieles empleados y también a un par de cuñados míos. Cuando nos reunimos todos a comer, necesitamos un estadio de fútbol.

—Hallarse en el seno de una familia así, debe de ser como estar en poder de un pulpo con cuarenta tentáculos, ¿no?

—Cierto, pero son tentáculos amistosos, de los que ayudan, no de los que ahogan —contestó él.

* * *

Más tarde, Gentle se despidió de la muchacha.

—Te veré en otro momento —dijo.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—El tercer acto del drama está a punto de concluir. Falta la última escena.

Verna adivinó los pensamientos del joven.

—Ya has averiguado quién es el jefe —exclamó.

—Si, pero la entrevista debe realizarse a solas —contestó Gentle ceñudamente.

Ella no se atrevió a objetarle nada y lo vio partir en su coche, con el corazón oprimido por una angustia que no sabía definir. En aquel instante, recordó la pregunta que le había hecho Ruth Meeham. No, Rob jamás olvidaría a Hilda. Era mejor no hacerse ilusiones, se dijo melancólicamente.

Treinta minutos más tarde, Gentle abrió una puerta. Ebnell le miró tranquilamente desde el otro lado de su mesa de trabajo.

—Estaba aguardándole, Rob —dijo con toda frialdad.

Gentle avanzó unos pasos y se detuvo a un par de metros de la mesa.

—Supuso que yo acabaría descubriendo su identidad —manifestó.

—Tarde o temprano, tenía que suceder —respondió Ebnell—. Mi error fue no eliminarle a usted en el primer momento.

—Ya lo intentó con Cochran.

—Demasiado tarde. Usted ya estaba prevenido.

—Es posible que lo considere un error, pero yo pienso que el error fue matar a mi prometida. En ese momento, realmente, fue cuando se inició su caída.

En esta clase de negocios es preciso ser duro o no se progresa —dijo Ebnell sin pestañear—. Una vida más o menos, ¿qué importancia tiene? Sólo los fuertes sobreviven, Rob, créeme.

—En este caso, se trata de saber cuál de los dos es el más fuerte, Harschin. Pero, en cierto modo, tampoco tiene demasiada importancia. Usted está ya acabado, aunque me mate. Todos los documentos de su inmundicia compañía de suministros y servicios están en mi poder y pronto pasarán a manos de la policía. Aunque me mate, aunque se esconda en lo más profundo, acabarán por dar con usted.

—Es una opinión discutible. Por cierto, debo aplaudirle por el espectáculo que montó en High Edén. Fue algo maravilloso, aunque yo sea el perjudicado. Pero la imparcialidad, me obliga a elogiarle y... dígame una cosa, ¿cómo llegó a la conclusión de que yo era el jefe, si mi nombre no figura en ninguna parte?

—En los documentos, tal vez no, pero sí varios números de cuentas corrientes. Dos de esas cuentas están en el *Country & Cattlemen Bank*, del cual soy consejero-delegado.

—Y eso le permitió meter las narices...

—Me aproveché de mi puesto, simplemente.

—Eso es ilegal, Gentle.

—Oiga, no me diga que lo que usted hacía está permitido por el Código.

—Aunque sea un delincuente, tengo derecho al secretario bancario...

—Hasta ahora, no lo he dicho a nadie. Pero con esos documentos, la policía solicitará una orden judicial e investigara todas las cuentas. Descuide, no lo sabrán por mí.

—Si me delatase, mi abogado podría pedir la nulidad del juicio,

en base a esa causa —alego Ebnell.

—Yo no diré nada, salvo que sospecho que es usted el jefe y comunicaré los datos en que me fundo para establecer esas sospechas. La policía hará el resto, descuide. Y también Solly Humbert, por ejemplo. Era el jefe de vigilantes y él le conocía a usted de sobra. Lo único que hay en contra de Humbert son malos tratos a algunas de las chicas, pero no un asesinato. Lo dirá todo, con tal de obtener una sentencia benigna.

Ebnell lanzó un profundo suspiro.

—Ha demostrado ser muy listo —dijo—. Bien, a un hombre no le pueden colgar más de una vez.

—Ahora no ahorcan a la gente, Harschin.

—Era una metáfora, Rob.

Ebnell sacó una pistola. Sonó una detonación.

Un rictus de sorpresa apareció en la cara de Ebnell. Su mano tembló y bajó la mirada, para contemplar la mancha roja que acababa de aparecer en su pecho. De pronto, se estremeció convulsivamente y luego, muy despacio, se inclinó a un lado y quedó inmóvil, con el brazo derecho colgando fuera del sillón.

Blakeney avanzó unos pasos, examinó el cuerpo de Ebnell y luego se volvió hacia el joven.

—Usted no me dijo que Ebnell podía usar un arma —le reprochó.

—Yo le dije que escuchara en la antesala y que oiría cosas muy interesantes. ¿Iba a estarse quieto, viendo cómo me mataba? —contestó el joven sin inmutarse.

Blakeney hizo un gesto negativo.

—Lo calculó bien —admitió de mala gana.

Gentle se encaminó hacia la puerta.

—Eso ahorra al contribuyente un montón de dinero, que es lo que costaría el juicio de ese canalla —dijo—. Tendría que ponerse en mi pellejo, para saber lo que siento. ¿No es usted capaz de imaginarse lo que pasa en el interior de un hombre, cuando le matan la novia la novia a la puerta de la iglesia?

Blakeney asintió.

—Sí, quizá haya sido así mejor —convino.

—Por cierto, teniente. ¿Qué saben de Nayland?

—Ya le hemos echado el guante. Ha confesado su crimen.

—Eso baja el telón sobre el espectáculo —se despidió Gentle.

—Las casas de High Edén eran propiedad de una empresa en dificultades económicas —dijo Gentle horas más tarde—. Ebnell las alquilaba todas a un precio global, que naturalmente, era más bajo que en los casos individuales y luego cobraba una cantidad mayor a cada chica, aparte de la «comisión» por sus servicios de protección, vigilancia y demás. Confieso que me engañaron los informes de la agencia, pero es que Ebnell había sabido llevarlo muy bien, con un secreto absoluto. Pero cuando se tienen cómplices, tarde o temprano se producen filtraciones. Aparte del valioso material que capturamos en su oficina y que, realmente, descubrió ese secreto.

Verna asintió.

—High Edén tendrá muy mala fama, a partir de ahora —dijo—. Nadie querrá ir a vivir allí...

—Oh, no lo creas. La gente es muy olvidadiza. Además, allí no se cometió ningún crimen. Pronto estará todo como si no hubiera pasado nada.

Ella le miró de frente.

—Rob, ¿qué piensas hacer ahora?

El joven sonrió.

—Tú seguirás cazando mariposas, supongo.

—Y toda clase de insectos y hasta alguna serpiente para mi colega el biólogo. Es mi profesión, Rob.

—¿Te gusta?

—Si no me gustase, trabajaría en alguna oficina. Yo también tendré muy pronto mi diploma, aunque me especializaré en entomología.

—¿Y no te hubiera gustado más practicar, por ejemplo, la biología marina? El silencio de las profundidades, los peces de colores...

—Y los tiburones y los pulpos —rió ella—. No, padezco vértigo negativo. En cuanto me sumerjo más de dos metros, me pongo realmente enferma. Ni siquiera en una piscina salto desde el trampolín, por no hundirme. Supongo que debe de ser algo psicológico, pero me sentiría más traumatizada si tratase de forzar las cosas para evitar ese defecto. Prefiero el campo abierto, las mariposas, la red...

—Entiendo. Verna, quiero decirte una cosa.

—Sí, Rob.

—Tú ya sabes lo que me sucedió... y padeciste algo parecido en tu propia carne, aunque los sentimientos, lógicamente, son muy diferentes. Ahora no quiero decirte nada, aún no estoy seguro de mí mismo. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Desde luego —respondió la muchacha.

—Deja que pase algún tiempo. Necesito serenarme, olvidar un poco. Siempre me acordaré de Hilda..., pero un hombre no puede enterrarse a sí mismo con sus recuerdos. Es preciso volver a vivir, aunque haya que esforzarse para acomodarse a la nueva situación. Creo que volveré a verte pronto, Verna.

Ella sonrió dulcemente.

—Ven cuando quieras, Rob —dijo.

Gentle se marchó. La entrevista había tenido lugar en el apartamento de la muchacha.

Al quedarse sola, Verna se apoyó en la puerta y suspiró satisfecha.

Rob volvería, estaba segura. Sólo era preciso tener un poco de paciencia y, como él había dicho, dejar pasar algún tiempo, cuando él volviese...

De pronto, se estremeció.

Empezó a contar con los dedos.

—Dios mío... —exclamó, aterrada ante la perspectiva—. Siete hermanos, siete cuñados de ambos sexos, dos suegros, dieciséis sobrinos...

Pero luego sonrió.

Estaba deseando de entrar a formar parte del clan de los Gentle. Y lo conseguiría.

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROSTAR DE NUEVO. LA CALVICIE SUPERADA.

**EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO
BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.**



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marshall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marshall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad caían como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones

de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

Continúa en la página siguiente



Antes del tratamiento

Al terminar el primer mes

Finalizado el tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marhsall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimu-

la activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplice usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos n° 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correos n° 536, Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle

N°

Piso

Población

D. Postal

Provincia



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.